

Memorias Mayores
50 años – 50 voces

Antología del concurso literario de relatos breves

M
V
J

Memorias Mayores
50 años - 50 voces

GANADORES:
Stella Maris Jaén (Primer Premio), Juana Elsa Miranda (Segundo Premio), Jorge Ernesto Gil (Tercer Premio).

MENCIONES ESPECIALES:
Marisa Blanco, Claudia Favero, Susana Nelly Lang, María Celeste López, Diego Maroz, Carlos Migliore Bataller, Silvia Moscatel, Egles Brenda Rizzi, Norma Lilian Santiago, Patricia Graciela Toni.

MENCIONES:
Héctor Osvaldo Almirón, Néstor José Andrade, José Osvaldo Antequera, Susana Bogey, Cecilia Francisca Carpi, Estela Cristina Cerone, Gustavo Carlos Cucurulo, Juan De la Penna, Daniel Deybe, Mirta Noemí Esteves, María Claudia Esquivel, María Estela Di Mauro, Luis Eugenio Favero, Emilce Fernández, Silvia Galván, Luis Dardo González, Mónica Cristina González, Graciela Ester Gubinelli, Sonia Hegen, Griselda Isabel Killian, Félix Loiácono, Oscar Marful, Magaly Mascardi, Mirtha Ninfa Mercao, Blanca Fátima Nachar, María Élida Nazar, Laura Nores, Fernando Pablo Party, Rafael Restaino, Rody Rodríguez, Edith Sáenz, Héctor Ismael Sánchez, Alejandro Seta, Elías Turre, Claudia Analía Valerga, Silvia Valerga, Patricio Carlos Villarejo.

JURADO:
Mesa Interinstitucional para el abordaje integral de las personas mayores de la provincia de Buenos Aires integrada por: Defensoría del Pueblo - IPS - IOMA - Ministerio de Comunicación Pública - Ministerio de Desarrollo - Ministerio de Infraestructura - Ministerio de Mujeres y Diversidad - Ministerio de Salud - Instituto Cultural - Subsecretaría de Derechos Humanos.

Memorias Mayores
50 años - 50 voces

ANTOLOGÍA DEL CONCURSO LITERARIO
DE RELATOS BREVES

M V J
EDITORIAL
MeVeJu
Derechos Humanos PBA

Subsecretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires
Memorias Mayores : 50 años 50 voces : Antología del concurso literario de relatos breves ; Compilación de Paloma Fernández Tomic ; María Soledad Grizia ; Editado por Pablo Roesler ; Clara Becerra ; Prólogo de Matías Facundo Moreno. - 1a ed. - La Plata : MEVEJU, 2026.
192 p. ; 20 x 13 cm.
ISBN 978-631-91818-1-4
1. Derechos Humanos. 2. Memoria. I. Fernández Tomic, Paloma, comp. II. Grizia, María Soledad, comp. III. Roesler, Pablo, ed. IV. Becerra, Clara, ed. V. Moreno, Matías Facundo, prolog.
CDD 341.48



Subsecretario de Derechos Humanos: Matías Facundo Moreno
Dirección Editorial: Pablo Roesler
Edición y corrección de textos: Clara Becerra
Diseño gráfico, tapa e interior: Luciana Civit
Coordinación y compilación: Paloma Fernández Tomic, Directora Provincial de Promoción y Formación en Derechos Humanos; María Soledad Grizia, Directora de Promoción de Derechos Humanos.

©2026, Editorial MeVeJu.
Todos los derechos reservados.

Editorial MeVeJu, 2026.
ISBN 978-631-91818-1-4

IMPRESO EN IMPRENTAS DEL ESTADO BONAERENSE
La Plata, Buenos Aires, en el mes de octubre de 2026.
Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires
Subsecretaría de Derechos Humanos
Calle 53 Nº 653 esq. 8
La Plata, Buenos Aires, CP 1900
(221) 489-3960/63
editorial.meveju@gmail.com
http://derechoshumanos.mjus.gba.gob.ar/editorial-meveju/

Prólogo

La memoria es una de las columnas de la identidad argentina que nos ha conformado como pueblo. Lo aprendimos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, de los organismos de Derechos Humanos. Aprendimos los caminos de lucha y a no dar ni un paso atrás, y transitamos juntos la construcción del proceso de Memoria, Verdad y Justicia que, cinco décadas después, seguimos construyendo y consolidando como parte constitutiva de nuestra identidad como bonaerenses y argentinos.

Los relatos literarios de esta antología del Concurso Literario *Memorias Mayores: 50 Años - 50 Voces*, que impulsamos desde la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires a través del programa "Mayores con Derechos" de la Dirección Provincial de Promoción y Formación en Derechos Humanos, son parte de esa identidad que venimos construyendo como sociedad.

Este año se cumplen cinco décadas del último golpe de Estado, y el gobernador de la Provincia de Buenos Aires decretó que el 2026 sea el "Año de los Derechos Humanos, por la Memoria, la Verdad y la Justicia. A 50 años de la última Dictadura Cívico Militar". En ese marco se inscribió este concurso de escritos breves destinado a personas bonaerenses mayores de 60 años.

Las páginas que siguen son el resultado de esa convocatoria. Y este libro que usted tiene en sus manos es el aporte de esa

generosa participación de personas mayores para enriquecer el acervo cultural y de memoria de todas y todos los bonaerenses.

Matías Facundo Moreno
Subsecretario de Derechos Humanos,
Ministerio de Justicia y Derechos Humanos,
Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Introducción

El libro *Memorias Mayores: 50 años - 50 voces* nace en el marco del programa "Mayores con Derechos" de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires. La iniciativa responde al decreto provincial que declara al 2026 como el "Año de los Derechos Humanos, por la Memoria, la Verdad y la Justicia. A 50 años de la última Dictadura Cívico-Militar".

Con esta premisa, se convocó a bonaerenses mayores de 60 años a transformar sus vivencias y reflexiones en relatos breves. A medio siglo de lucha, la propuesta buscó poner en el centro, la mirada y la palabra de nuestras personas mayores, haciendo de la escritura una herramienta de identidad y transmisión cultural.

La respuesta a la convocatoria reflejó el profundo compromiso de la comunidad en todo el territorio provincial: se inscribieron 264 participantes provenientes de 66 municipios, logrando una representación diversa y federal.

Muchas de las obras nacieron en el seno de residencias y hogares de larga estadía, centros de jubilados, escuelas de adultos, centros universitarios, áreas municipales de personas mayores, espacios de participación popular, bibliotecas y talleres de lectura y escritura. Esta antología reúne una selección de 50 de esas voces, constituyendo un tejido colectivo y testimonial de gran valor para la memoria común.

Asimismo, esta publicación busca preservar el patrimonio colectivo provincial, transformando relatos individuales en una obra pública que perdure como testimonio vivo para las futuras generaciones y como aporte a la construcción de nuestra identidad bonaerense. Finalmente, la iniciativa se propuso desmontar viejismos y prejuicios, visibilizando la potencia creativa, la lucidez narrativa y el rol social activo que desempeñan las personas mayores en la vida democrática de nuestra Provincia.

Agradecemos a cada una y cada uno de los participantes y a las instituciones que acompañaron este recorrido, haciendo posible un libro indispensable por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Paloma Fernández Tomic
Directora Provincial de Promoción
y Formación en Derechos Humanos

María Soledad Grizia
Directora de Promoción de Derechos Humanos

Primer premio

Sobre la autora

Stella Maris Jaén tiene 67 años y es de 9 de Julio. Actualmente está jubilada como auxiliar de óptica. Es integrante de "Café mate literario" agrupación que pertenece a la Biblioteca Popular "José Ingenieros". "Considero que la memoria reciente debe ser transmitida porque, al margen de cualquier política partidaria, los errores y horrores que cargamos, no deben ser repetidos".

Andate vos

Stella Maris Jaén

El sol cae sobre el Retiro y el agua se vuelve dorada. Es lindo acá, *Conejo*. A veces me recuerda a la laguna donde crecimos.

Vengo seguido con el termo, el mate y mi libreta. Vos venís conmigo siempre.

Quién hubiera dicho que yo no volvería, hermano.

Me vine a Madrid con lo puesto. Ni un libro, ni un disco. Ni un mango.

Me sacaron de un ala mientras te buscaba por las calles. Yo arrancaba de los árboles los panfletos que vos habías pegado.

Los que yo escribía.

Me quedan pocos recuerdos, los amigos del barrio haciendo de campana, los tíos revolviendo papeles, mi vieja llorando, la tuya también.

Tu vieja, *Conejo*, qué tristeza tu vieja. Me agarró la cara, me miró a los ojos y me dijo: "Andate vos"

¿Podés creer? "Andate vos", me dijo.

Mi hermana me preparó un bolsito con dos pulóveres, un pantalón y un pijama de invierno.

Metió una biblia vieja y una estampita de San Jorge. Después la cambió por la Virgen de Luján porque dijo que era más respetada por los milicos. Ni un papel ni un lápiz puso, porque creyó que yo iba a caer en la tentación de escribir en el viaje. Y tenía razón.

Llegué a una casa donde éramos doce corriendo la misma suerte. Como los doce apóstoles. Pero sin el Jesucristo.

A mate y silencio. Noticias y silencio.

Después, uno de los pibes se enteró de que te habían chupado, *Conejo*. A vos, que no hiciste nada, te chuparon por ser mi amigo de la infancia. Por pegar las denuncias que el *Grillo* escribía para que la gente supiera lo que estaba pasando.

El *Grillo* que era yo.

Pero vos no lo dijiste.

Pasaron cuarenta años, estoy viejo

Vivo en un departamento cerca de Puerta del Sol, trabajo en un diario y escribí libros en los que siempre estas vos, hermano. A veces cuento la verdad, a veces las mentiras que hubiéramos querido.

Acá vimos el Mundial del 78. La puta, qué difícil fue gritar cada gol. Queríamos esa alegría, pero estaba teñida de miedo.

Al tiempo, me enteré: te picanearon para que cantaras quién era el *Grillo*. Sabías que yo ya estaba lejos. Pero te callaste igual.

Y por no hablar te pegaron un tiro en la cabeza.

No tengo paz por eso, *Conejo*.

Volví en el 85, para el Juicio a las Juntas, para estar con tu mamá y con la mía. Las viejas siguen tan amigas como antes, más pequeñas, con sus mañas pero unidas.

Fuimos a la plaza donde las madres escribían los nombres de sus hijos. Yo, en el medio, ellas a los lados, colgadas de mis brazos, orgullosas como si fuera el hijo pródigo.

Pensé que tu familia me odiaría. Pero no. Me recibieron como siempre.

Y eso fue peor.

Me volví a Madrid, no pude.

La cobardía se volvió costumbre, *Conejo*.

Allá me persigue mi propia mirada.

Acá también.
Pero al menos nadie sabe por qué.

Segundo premio

Sobre la autora

Juana Elsa Miranda tiene 70 años, nació en Avellaneda y vive en Quilmes. Es militante por la Memoria. Actualmente está jubilada como funcionaria pública y participa en la comisión de la Fundación Farinello y el Centro de Jubilado La Casita de Quilmes. "Recordar es el mayor acto de resistencia contra el olvido".

La ollita de la resistencia. Relato de insilio

Juana Elsa Miranda

Tenía 20 años y me casé el 21 de mayo de 1976 para emanciparme y pasar a la clandestinidad con mi compañero de militancia y de vida. No hubo fiesta. Un acta en el registro de La Plata y una mochila con lo puesto. La decisión estaba tomada: seguir organizando, seguir resistiendo.

Corrían los primeros meses de la dictadura cívico militar. No nos fuimos del país. Nos fuimos de nosotros mismos para no dejar de ser parte del pueblo. Vivimos el insilio: desplazamiento interno por razones de persecución política. Pasar de La Plata a Berisso, km 0 del Peronismo, de ahí a Ensenada, y volver a Berisso, no era huir. Era reubicar la trinchera. Te aprendías otra dirección, otro punto de encuentro, otro saludo de reconocimiento. La militancia no se negocia, se adapta.

En Berisso nos refugiamos seis meses en casa de unos compañeros. Dormíamos en el piso del cuarto de los chicos. Él laburaba de noche en una imprenta de Avellaneda, reproduciendo materiales. Yo sostenía la red barrial: cuidaba a los pibes que venían a estudiar, cocinaba para los que no tenían, mantenía los contactos fríos. No hablábamos de lo que hacíamos. Hablábamos de lo que íbamos a hacer. La clandestinidad no nos quebró la cabeza política.

Lo único que trajimos y no soltamos fue la ollita enlozada azul. Abollada, con el borde saltado. En esa ollita hacíamos guiso cada domingo. No era comida nomás. Era asamblea chiquita, era sostener la moral, era decirnos que la organización seguía viva. Los vecinos preguntaban por qué tanto empeño con una olla vieja. No les podíamos decir que ahí se cocinaba la resistencia cotidiana. Que mientras el guiso hervía, pensábamos cómo seguir.

El insilio no sale en los partes de guerra. No hay pasaporte, no hay aeropuerto. Solo hay

teléfonos que no suenan, compañeros que desaparecen, y la certeza de que tu ciudad te vigila. Caminaba por la peatonal de Quilmes con la cabeza baja, no por miedo a vivir, sino por responsabilidad con los que estaban en riesgo. Muchos de los que compartimos volanteadas en el 75 hoy están desaparecidos. Por ellos no se afloja.

En 1980 salimos del país. Córdoba primero, después Brasil. Ahí fue exilio. Pero el insilio dolió distinto porque resistías en el mismo suelo que te querían borrar. Porque seguías siendo de acá, aunque te obligaran a esconderte.

Volvimos en 1984. La casa de Berisso tenía otros inquilinos. El limonero estaba seco. Pero el barrio nos reconoció. Volvimos a continuar la lucha, con más convicción y junto a los compañeros que quedaban en pie.

Hoy tengo 70 años. La ollita sigue en el estante. No la uso. La guardo como se guarda una

bandera. Cada vez que la miro recuerdo que la militancia también fue eso: sostener la olla,

sostener al otro, sostener la línea política cuando todo era represión.

Lo cuento por memoria, por verdad y por justicia. Por los 30.000 detenidos desaparecidos, por los que resistimos en la clandestinidad, por las organizaciones que no se rindieron, por

la restitución de los hijos de los compañeros desaparecidos. Para que la dictadura cívico militar no vuelva nunca más. Memoria para que haya futuro. Compromiso para que no se repita.

Tercer premio

Sobre el autor

Jorge Ernesto Gil tiene 74 años y es de La Plata. Es arquitecto y docente. Actualmente está jubilado y le gusta escribir y dibujar. Participa en los talleres literarios de IOMA y del CEA 799 de Los Hornos.
"Creo que las personas mayores transmitimos la memoria no por nostalgia, sino porque recordar es una forma de resistencia y un legado para las nuevas generaciones".

Una nube gris

Jorge Ernesto Gil

A Federico Gil García, a Lucía Florio y a mi familia.

Un viernes de noviembre de 1979, Eduardo Suárez, estudiante de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, volvía a su casa en Villa Elvira por las diagonales de La Plata. Llevaba los apuntes y las antologías de literatura argentina bajo el brazo. La boina gris le daba picazón. La campera verde oliva, una coraza inútil contra el aire denso de la tarde. Un cigarrillo negro se consumía entre sus dedos.

De pronto, oyó el roce áspero de unos neumáticos a su espalda. Aceleró el paso y alcanzó la parada. Un grupo de colegialas ocupaba la vereda. Risas agudas, empujones, uniformes en movimiento. Se quedó quieto entre ellas. Miró la calle de reojo. El colectivo debía aparecer; pasaba siempre a esa hora con su promesa de salvación rutinaria.

Las chicas se dispersaron de golpe, como ante una señal. La cuadra quedó vacía. El silencio reemplazó las risas. Alzó la vista: una nube gris tapó el sol.

Entonces lo vio, y el aire se volvió aún más pesado.

El ruido del motor devoró el silencio. Un Ford Falcon verde avanzaba a paso lento, casi a la par del cordón.

Un sudor frío le bajó por la nuca. Quiso correr, pero los músculos se le tensaron. Quedó paralizado. Pensó en Ana, la compañera de cursada. La silla vacía desde el lunes, abandonada. Pensó en el chico de su barrio, los gritos en la madrugada.

La respiración se le atascó en la garganta.

La chapa verde se acercaba. El roce de las gomas contra el pavimento sonó más fuerte.

Eduardo apretó el cigarrillo. El papel se rompió. Las hebras de tabaco negro cayeron al suelo.

En la casa de la calle 116, Marisa acomodó los platos de loza sobre la mesa. Eugenia, su hija, dobló las servilletas con pliegues exactos. La mujer sintió un temblor eléctrico en las yemas de los dedos. Apoyó las palmas sobre el mantel a cuadros para obligar al cuerpo a la quietud. La chica levantó la vista.

—¿Qué te pasa, mamá?

Marisa guardó silencio. Ambas miraron el reloj de pared.

—Las ocho —dijo Eugenia. La voz le salió seca.

La mujer asintió. Se le cerró la garganta.

—Eduardo ya tendría que haber llegado.

Menciones especiales

Solo el pueblo salva al pueblo

Marisa Blanco

Estoy recostada sobre el pasto, boca arriba. Entre las verdes hojas de los árboles puedo entrever jirones de cielo azul. Deduzco que estamos en primavera por el tono verde, vivo, inmaculado de las hojas. El cielo límpido, claro, prístino en su pureza. La temperatura templada, casi hogareña.

Me rodea una paz que me invade, me colma. Un silencio absoluto, sólido, compacto me abruma. Todo parece tan real y tan irreal a la vez. Quiero continuar disfrutando este instante casi sagrado que me brinda la vida.

Pero alguien me llama, me incita a levantarme, a salir de este paraíso que lentamente voy perdiendo. Parpadeo, es de noche, escucho gritos, estampidos, corridas. Miro alrededor, veo cuerpos ensangrentados que me rodean, veo militares que nos apuntan, veo cadáveres. Los conozco, los reconozco, son mis compañeros. Una masacre.

Tomo conciencia de la situación. Nos estaban trasladando de un galpón al que me llevaron cuando me secuestraron en la calle, a... ¿sería a este lugar?... Un descampado vaya una a saber dónde. Hace frío, me duele mucho todo el cuerpo, casi como cuando salía de los interrogatorios después que se habían cansado de jugar con mi astrosa humanidad. No puedo moverme, no tengo fuerzas.

Se me acerca un milico, me mira, sigue de largo. Comprendo que me dio por muerta.

Se hace de día, a lo lejos pasa un camión, tira los residuos de la ciudad. Sigo sin poder moverme. Escucho gritos, los de la compactadora profieren insultos y se van a toda velocidad.

Escucho otro vehículo, éste bien cerca. Comienza a tirar la basura. Hay un grito, no huyen, comienzan a revisar alrededor, si me encuentran ¿Qué harán? ¿Le avisarán a los milicos que me dejaron viva? ¿Me ayudarán?

Pasaron cincuenta años de aquella pesadilla, diez gobiernos democráticos, un levantamiento popular, juicio a los que nos secuestraron, torturaron, asesinaron o desaparecieron. Algo que no nos brindaron a ninguno de nosotros, ni a los de aquella desgarradora noche, ni a los de la ESMA, La Perla o El Infierno.

Yo fui salvada por los muchachos del camión recolector de basura, para dar testimonio en los juicios por los delitos de lesa humanidad.

No es mucho, las vidas segadas no se recuperan.

No es poco, se condena a los culpables.

Falta mucho, los civiles involucrados no fueron juzgados.

Pero los delitos no prescriben.

Seguimos exigiendo justicia.

Los muchachos que me salvaron arriesgando su seguridad me llenan de fuerza y coraje para continuar en esta lucha. Ellos se jugaron por una desconocida, que desde todos los canales de televisión y todas las emisoras de radio condenaban, gente, simple gente que intentaba algún gesto de solidaridad con los que más lo necesitaban.

Eso es lo que me salvó, la generosidad, la solidaridad de esos jóvenes desconocidos.

Una vez más, queda comprobado, que sólo el pueblo salva al pueblo.

Sobre la autora

Marisa Blanco tiene 67 años y es de Avellaneda. Es docente jubilada, militante gremial. Participa del taller de escritura de la Biblioteca "Azucena Villaflor".
"La memoria es el puente que une a las generaciones direccionando nuestra existencia".

La Casita

Claudia Favero

Es el segundo martes de diciembre de 1976, contamos los días. Como todos los martes, desde hace nueve meses, muy avanzada la tarde, nos llevan a "La Casita" de la calle 55. No sé si Ana quiere seguir yendo, no sé si yo quiero ir. No sé si puedo. ¿Acaso podemos elegir? La idea del encuentro me quema, me consume, la inflamación avanza sobre mí sin miramientos. Desordena y profana pero, al mismo tiempo, es esperado.

Llegó la hora, salimos y sin palabras transitamos por las calles consuetudinarias, enmarañadas de autos y peatones volviendo a sus hogares. Las luces brillan sobre el asfalto mojado, hace frío. Número 930. Ana me mira, la expresión de su cara pide que no entremos. Tal vez es mi rostro el que se refleja en el suyo pidiendo lo mismo. Sonido de chapa, se abre la puerta.

Trae el traje de siempre, su rostro no se deja leer. Sentado, en silencio, estático, nos observa. Frente a él, Ana quiebra el congelamiento de la escena, como si otra hubiera dado una entrada con alguna fantástica batuta.

Ella, también en silencio, comienza a sacarse la ropa con movimientos lentos pero constantes. Los distintos mantos de su vestuario surgen uno debajo del otro y caen a un costado en un revoltijo de trapos, de colores, de texturas. Ese montón ya no se puede reconocer como lo que fue. Intento discriminar los límites entre

una prenda y otra, definir si eso azul es una pollera o una blusa, si en verdad es azul o verde. Todo se fusiona y se confunde. Todo vira. Junto con cada expulsión textil se pueden sentir distintos olores: a humedad, a rancio, a bebé, a sangre, a sudor, a sexo, a cárcel, a miedo o, tal vez, a lluvia, a tierra mojada, a despensa, a jazmín, a mar... Al igual que las telas, una vez despedidas, se mezclan y no se pueden recuperar como idénticas a sí mismos.

En cada movimiento, la mirada desesperada de Ana parece querer explicar lo que su boca, con un rictus apretado, calla. En esa cara se puede ver la dicotomía en guerra entre ojos y boca.

Cuando el último manto de su vestimenta cae, le estalla un grito:

—¡Me entrego!

Es el grito agitado, desesperado de la perseguida y atrapada.

Con su boca, ahora lábil, repite:

—Me entrego...

Su desnudez duele.

Se produce un interminable silencio, hasta que profesa la segunda declaración:

—No puedo seguir luchando. Quisiera descansar. Me tengo que cubrir...

Estoy avergonzada. Se tapa, con una mano, la boca; con la otra, el abdomen; y cierra los ojos.

La oscuridad no me permite ver nada más. Espero, desespero a la espera de voces,

respiraciones o, por lo menos, olores. Me zambullo en el hueco oscuro donde supongo que puede estar ella o pueden estar ellos ocultos. Palpo pero sólo siento el vacío, la soledad, la experiencia de la nada. Estoy perdida. Sigo perdida…desaparecida.

Sobre la autora

Claudia Favero tiene 69 años, nació y vive en La Plata. Es jubilada docente y de la Biblioteca Pública de la UNLP. Fue secuestrada junto a su hermano, Luis, el 12 de febrero de 1977 y estuvieron privados de su libertad de forma clandestina en la Brigada de Investigaciones, el Destacamento de Arana y la Comisaría 5ta de La Plata. En junio de 1977 fue secuestrado su otro hermano, Daniel, que aún hoy permanece desaparecido. Ha dado testimonios en la CONADEP y en los juicios por delitos de lesa humanidad. Militante por los Derechos Humanos, la Memoria, la Verdad y la Justicia. Coordina el Centro Cultural Daniel Omar Favero.

Nudos de Silencio

Susana Nelly Lang

Mi abuela tenía nudos en la cabeza. Así me lo explicaba mi papá, quien prefería no hablar de aquello que los nudos contenían. Ella a veces podía tocarlos y me contaba historias de cámaras de gas, fosas comunes, de su familia en Varsovia, hasta que algún familiar la interrumpía porque esos no eran relatos para que oyera una niña.

Algo se iba colando en sus palabras, en su manera de torsionar el castellano hasta hacerlo casi inentendible. Y esa mañana, mientras interpretaba los gestos sordos de mi mamá, un recuerdo audible me habló del peligro.

Mi abuela había fallecido durante el mundial del 78 pero yo le seguía dando vuelta a sus nudos que tanto se había esforzado en conservar como un montaje del olvido.

No recuerdo bien el color de los uniformes, pero sí una barriga hinchada con un cinto debajo del que colgaba un arma. Se turnaban para dar indicaciones, hablaban de un puente que había que cruzar y dónde dejar el dinero. "Tigre" oí y pensé en las revistas de caza que mi papá coleccionaba.

Alquilábamos una casa precaria en Lanús Oeste, sobre la calle Urquiza. No sé bien qué hora era exactamente, pero mi mamá no había tenido tiempo de encender la radio como solía hacerlo. Debí esconderme más cuando el panzón giró hacia la parte

superior del aparador y tomó el pequeño aparato para llevárselo a la comisaría.

Mi papá me había contado, una vez que viajábamos por la Ruta 3 y nos paró la caminera, que a los policías siempre había que regalarles algo para que lo dejaran a uno tranquilo.

Cuando el sargento García y su amigo se fueron, mi mamá se largó a llorar. Fue una mañana de aquí para allá y como no tenía dónde ni con quién dejarme recorrí con ella casas de conocidos, la mueblería en la que mi papá trabajaba todo el día. Y así fue abultando la cartera que llevaba furiosa debajo del brazo.

Un amigo se ofreció a llevarla hasta el puente y a quedarse del otro lado escondido. Yo sabía que no era momento de averigüar qué pasaba y me aferraba a los nudos de mi abuela, tomando cascarilla con leche en la casa de una vecina.

Mi papá volvió esa madrugada. Era el mismo y no. Sentado en la mesa de la cocina, fumaba y tomaba mate. Tenía la cara lastimada, golpes en una parte de la frente. Tenía silencio. Mucho. Con el tiempo escuché palabras sueltas: "picana", "chupar". Tuve miedo de que su cabeza se poblara de nudos, pero a él se le instalaron en otros sitios.

La secundaria fue horrible, medias largas, polleras debajo de la rodilla, canciones militares, la Guerra de Malvinas y otra vez el silencio.

Hay metáforas que protegen, otras que aniquilan, hay nudos y cuerpos que el mar devuelve, hay nombres que no encuentran a esos cuerpos, hay pozos, hoyos profundos en los que los huesos hablan.

Sobre la autora

Susana Nelly Lang tiene 64 años y vive en Tandil. Nació en Lanús y su adolescencia transcurrió en Banfield. Estudió letras en la UBA y Comunicación creativa en FLACSO. Es jubilada y tallerista, forma parte de la Biblioteca Popular de las Mujeres. "Considero que la circulación de la palabra es una experiencia de memoria compartida".

El Sarmiento y yo

María Celeste López

Años 1975 y 1976. Maestra recién recibida con ganas de trabajar de forma inmediata. Soy de Alberti, ruta 5, a casi 200 km de la ciudad de Buenos Aires y el ferrocarril Sarmiento nos llevaba y traía de Moreno, enclavado en el oeste del Conurbano. Salíamos con un grupo de amigas 8.30 de la mañana para después de varios trasbordos llegar a las escuelas designadas y entonces, cómo no recordar...

A Carmen que subía en el cambio de trenes de Mercedes y que cuando abría la mochila nos inundaba con el olor a mortadela de los sándwiches que llevaba para sus alumnos de uno de los barrios más necesitados de Moreno, además de cuadernos, lápices de colores, revistas. Carmen continúa desaparecida.

Cómo no recordar a Silvina, maestra de sexto grado de mi escuelita de Paso del Rey y esa mañana que pasó desesperada para que le prestáramos del poco dinero que llevábamos en los bolsillos porque se tenía que ir, ¿a dónde?, a cualquier lugar. Cuando la noche anterior quiso ir a su casa la vio rodeada de milicos y alcanzó a escapar y toda la noche merodeó por el barrio de la escuela esperando que llegáramos, nosotras, sus colegas, las maestras. Le dimos los pocos pesos que llevábamos en los bolsillos. Nos abrazó llorando y se fue. De Silvina nadie supo más nada.

Cómo no acordarme del viejito de la librería que estaba a cincuenta metros de la estación de Paso del Rey (la misma de *El viejo Matías*) cuando le pedí el *Canto General* de Neruda que había visto en el rinconcito de la vidriera. "Está segura niña", me dijo. "Escóndalo bien", agregó. No me lo quiso cobrar. Cómo le voy a cobrar a alguien que todavía siente y piensa, murmuraba mientras lo envolvía en varias capas de papel madera. Ese librito es mi tesoro mejor guardado.

Regresábamos cansadas, en el famoso diésel de las 21.30, a este Alberti que parecía otro país. Contábamos lo que se vivía y nos miraban extrañados. En el Sarmiento planificábamos, corregíamos, preparábamos material didáctico y vivíamos esa realidad que muchos ignoraban, compartiendo de a ratos con los que dieron su vida por la lucha, el compromiso, los que me enseñaron que el otro es el destinatario de nuestras luchas.

Siento por el Sarmiento un amor incondicional. Allí empecé mi carrera docente que todavía ejerzo, allí entendí de la solidaridad y el compañerismo y me permitió conocer la angustia y el miedo (un día nos rodearon la escuela buscando a un papá y nos impidieron salir hasta que comprobaron que no iba a llegar a buscar a su hijo), fusiles y grupos de tareas entre niños de primaria.

El tren Sarmiento con su traqueteo cansino conectó los dos mundos que conformaron mi vida por esos años: la tranquilidad y, por qué no, indiferencia pueblerina y la vivencia de la crueldad que se estaba desencadenando. Por eso, este amor se sostiene y no se acabará nunca.

Sobre la autora

María Celeste López tiene 71 años y es de Alberti. Es docente y periodista.

Tejiendo trenzas

Diego Maroz

A Delia Giovanola.

Se levantó esa mañana soñando en ella, fue a verla a su habitación, necesitaba susurrarle palabras que llevaba apuradas en su garganta, palabras con memoria, palabras quebradas, pedazos que le faltaban, se imaginó en aquel momento que iban a salir volando de su boca como mariposas que se vuelven pañuelos.

Ya no lloras más Abu. Se acercó y le habló, y de repente quiso abrazarla, miró la cama y una hebra de luz que pasaba por las hendijas de la ventana le iluminó el deseo, le pareció que era una señal, que algo iba a ocurrir.

No, no lloras más. Ahora gritó y el grito dejó marcas en las paredes y se alzó en un canto como un trazo enérgico y urgente: *tu llanto es mi huella, me trepo a tus ojos para poder mirar. Ya no lloras más Abu, ya no lloras más. Tu cuerpo es mi casa, me calma el silencio, me barre los miedos, me abraza, me abraza. No hay invierno frío que te haga callar, en tus pies camino, navego tu risa, navego tu mar*.

Iba y venía amanecida por todos los rincones libres de la pieza, iba y venía sosteniendo el poema en sus labios. *Ya no lloras más Abu. Ya no lloras más.*

El dolor se deshace en la claridad de tus ojos, la tristeza se transforma en coraje, en ropa buena, tu cantar, tu melodía, que bella suena, que es búsqueda, que es emblema, que es lucha, que no es ajena.

Ya no lloras más, hoy tus ojos son memoria y el pañuelo y la ronda son emblema, y el reencuentro con tu vientre, que late siempre, nuestro vientre, que es la madre que te pare. Que es la madre que nos pare. Sí. Ya no lloras más Abu.

Y esa plaza que es refugio y ese refugio que enlaza y las viejas que se asoman y otra vuelta y otra ronda y la historia que te mira que nos mira que te abraza, que nos llama, que te amasa, que me amasa.

No, ya no lloras más Abu, ahora y siempre tu cuerpo es bandera por donde ande tu nombre se respira tierra, incienso y madera. Ay abuela abrigo del amor, sos el hueco cálido donde anida mi pasión, sos la bandera que traza ese grito que arrasa, que late y late en la brasa pidiendo verdad, pidiendo justicia en una voz encendida que reclama por la vida, que reclama porque ama.

Ya no lloras Abu, ya no lloras más, siempre serás mi huella, siempre serás mi mar, mi camino, mi retorno, mi valle, mi cantar.

Cuando despertó, la tarde se había ovillado y un silencio abrasador respiraba a su lado, entre su cuerpo y la muñeca de trapo, esa que había acariciado la abuela para cuando llegara el momento.

No estaba sola, estaba envuelta en poema, en canción, en memoria.

Sobre el autor

Diego Maroz tiene 67 años y vive en Gonnet, La Plata**.** Es psicólogo social y licenciado en Educación. Jubilado del Estado. Tiene publicada una novela. Actualmente trabaja en una fundación y dando clases. Canta y baila folclore.

Portones, jardines y Memoria

Carlos Migliore Bataller

Tras estos portones de reja solo anochecía. Siempre era invierno. Siempre el viento frío corría la poca luz de esperanza, que en algún ser humano todavía anidaba. No tenían nombre ni apellido.

Solamente una letra y un número los identificaba.

Para ellos, era solamente carne para la tortura arrancada a patadas de las casas, casillas, o calles de los barrios. Era la fiesta de los asesinos glorificada por una parte de la sociedad enferma, desinformada y cómplice.

En los fondos de alguna construcción suburbana ardían volantes de la facultad, libros de filósofos y pensadores contemporáneos, fotografías del *Che*, ilusiones de poemas escritos entre la censura, la autocensura y la persecución.

La vida no valía un carajo. Todos llevábamos el rótulo de "Material descartable". Pasábamos rápido por las esquinas, girando la desconfiada cabeza para todos lados. Como tratando de adivinar el origen y trayectoria del posible disparo.

Y las traían y los traían aquí, a esta manzana de Floresta. Tenían los ojos vendados. Algunos sobrevivientes recordarían luego los mosaicos sobre los que arrastraban los pies. Y esa no era la posible pesadilla en una noche de borrachera. Todo les estaba pasando ahora, a las compañeras y los compañeros. De cualquier edad y condición física. Las mujeres eran el bocado

predilecto, el gran botín de esos "hombres". Los mismos que martirizaban, violaban y golpeaban hasta quebrar los huesos y los músculos de quienes eran secuestrados. Luego los desaparecían. Esos mismos sujetos acariciaban la cabeza de sus hijitos cuando volvían a su casa.

Fue la peor dictadura, la que nos regaló el maldito 1976. De nada se privaron. Todos se juntaron.

Fue un golpe genocida, militar, civil, eclesiástico y empresarial.

Así crearon su "larga noche de los siete años", entre el silencio cómplice, el silencio ignorante, el silencio miedoso, el silencio nacional y el silencio internacional.

El 107 que me trajo hasta aquí, Olivera y Ramón Falcón, se alejó hace un rato. Hoy nos convocan la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Tras los muros, tras las huecas ventanas, tras las rejas del jardín, escucho música, canto, aplausos, y ya más cerca puedo descifrar palabras. La poesía leída desde la alegría del espacio recuperado.

En el ex Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio "Olimpo" tenemos un lema que merece ser gritado:

¡El Arte lleva Vida a los lugares que fueron territorio de la muerte!

Sobre el autor

Carlos Migliore Bataller tiene 74 años y vive en Villa Maipú, General San Martín. Escribe poesía y prosa breve. Coordina el Café Literario "Juancito Caminador". Integra el Colectivo Literario "Élido Di Serio". Colabora con el Taller Literario "Letras sin Fronteras" (ex-Olimpo).

"Todo Arte es Militante cuando mantiene viva la Memoria en su mensaje".

La casa que aprendió el silencio

Silvia Moscatel

Todavía existe. Volví después de muchos años. Adentro, el mismo silencio. No el silencio de las casas vacías. Un silencio hecho de palabras que se dijeron en voz baja.

Yo tenía quince años cuando empezó.

Al principio fue pequeño. Mi madre bajaba el volumen de la radio cuando llegaba la noche. Mi padre cerraba las ventanas antes de hablar de ciertas cosas. Si yo entraba en la cocina, las conversaciones se detenían.

Yo fingía no escuchar. Era una manera de participar en el pacto.

Con el tiempo aprendí a reconocer ese tipo de silencio que tienen los adultos cuando algo los asusta. Es un silencio lleno de respiraciones contenidas.

La radio seguía encendida, pero baja. A veces transmitía marchas o voces graves que hablaban de orden, de patria, de tranquilidad. La palabra tranquilidad, en esos años, sonaba como una amenaza.

En el barrio también cambiaron cosas. Las conversaciones en la vereda se volvieron breves.

Algunas personas dejaron de aparecer. Simplemente desaparecían de la rutina.

Una tarde pregunté por Marcelo, un compañero que venía a estudiar conmigo. Mi madre dejó de secar los platos. El agua seguía goteando de sus manos.

—Se habrán mudado —respondió.

En aquella época yo creía que el mundo estaba lleno de mudanzas repentinas. Pero la casa ya estaba aprendiendo.

Aprendió a cerrar las persianas antes de ciertas conversaciones.

Aprendió a bajar la voz cuando alguien caminaba por la vereda.

Aprendió incluso a guardar silencio cuando nadie preguntaba nada.

La noche que más recuerdo fue en invierno. Yo estaba en mi cuarto estudiando cuando escuché tres golpes en la puerta. Firmes.

Mi padre levantó la cabeza. Mi madre soltó la cuchara sobre la mesa.

Los golpes volvieron. Más urgentes.

Yo me levanté.

-—¿Quién es? —susurré.

Nadie respondió. Mi padre se acercó a la puerta, pero no la abrió. Se quedó quieto, escuchando.

Mi madre le tocó el brazo.

—No —susurró.

Los golpes se repitieron una vez más. Un silencio enorme cayó sobre la casa.

Esperamos. Mi padre regresó lentamente a la mesa. Encendió un cigarrillo. Sus manos temblaban. Esa noche cenamos sin hablar. Yo pensé en un borracho que se había equivocado.

Pasaron los años. Mis padres murieron. El barrio cambió. Pero algunos recuerdos no envejecen.

Caminé recorriendo la memoria. Durante mucho tiempo creí que en aquellos años nosotros éramos simplemente prudentes.

Que hablábamos en voz baja por costumbre. Que no abríamos la puerta de noche por miedo.

Pero la memoria, con los años, aprende a mirar mejor. Ahora sé que no era solo nuestra casa.

Era el barrio. Era el país entero. Todos aprendíamos la misma lección. Callar.

A veces me pregunto por la persona que golpeó aquella noche. Si corría. Si estaba asustada. Si sabía que del otro lado había gente escuchando. Nunca lo sabré.

Cerré la puerta y mientras caminaba comprendí que aquella noche la casa también aprendió a callar. Pero alguien, del otro lado de la puerta, estaba aprendiendo a desaparecer.

Sobre la autora

Silvia Moscatel tiene 63 años y es de Navarro. Es docente jubilada y participa de talleres literarios municipales. Obtuvo el primer premio en el concurso Memorias de Cromañón (2025) organizado por el Instituto Cultural y la Subsecretaría de Derechos Humanos del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires con el cuento *Yo estuve ahí*.
"La palabra es la semilla que debemos germinar para mantener viva la memoria".

El mar no se tragó el tormento

Egles Brenda Rizzi

Dónde estábamos... era de día... qué día... y ese olor. Y el caldo dónde estaba sentado... me había orinado o sangraba. Sería mío. Quién corría del otro lado... esas suelas, las conocía. Cada paso me daba en el cuerpo y reavivaba el dolor de los huesos apaleados. Tenía los ojos vendados. Me habían golpeado hasta sangrar. Allá alguien caía, se descarnaba en aullidos... lo maldecían y denigraban.

Entonces sentí que tenía razón mi vieja: me pedía que no me "metiera en revueltas". Que me mandaban a estudiar. Que estaba bien la lucha por los débiles, pero que me querían vivo. ¡Pobre vieja...! No me volvería a ver…

Quién lloraba a mi lado. Quise acercarme. No sé si para consolar o para aliviar mi calvario. Con las manos atadas en la espalda, me arrastré. Las piernas ayudaron. También la viscosidad del suelo. Así llegué hasta ese llanto. Era una chica. Mi contacto hizo el efecto de una picana. Saltó. Gritó. Llamaba a su padre repetidas veces. Con gemidos que revelaban su ceguera, su miedo, su desamparo. Esperé que se calmara y le hablé. Le conté que yo estaba como ella. Me escuchó. Cada tanto sollozaba. Era gemidos que sacudían el estómago, aliviándola.

Nos dijimos los nombres: "Mariana, Miguel". Me contó que estaba embarazada. Yo, que estudiaba arquitectura. Le pregunté

por qué era a su padre a quien llamaba. "¡Si supiera dónde estoy, se moriría...!", exclamó por toda respuesta y empezó a llorar otra vez. Yo no podía abrazarla. Dejé que se desahogara. Entonces le dije, que si no había hecho nada, pronto estaría en su casa. Que tuviera fe; que tratara de dormir; que pensara en su bebé y... no sé cuántas cosas más dije, en las que no creía absolutamente. Se durmió apoyada en mi espalda. Cada tanto, los sollozos nos desacomodaban a los dos. Y los olores... que flotaban escapados de vientres, de vejigas, de venas…

De pronto un impacto violento venció el cerrojo. Un aire helado de espanto nos sacudió. Nos separamos. Aterrados a lo que vendría. De una patada fui a dar contra una pared. A ella se la llevaron entre gritos. Después... silencio... Seguramente la habrían dormido. Ya no lloraba ni llamaba a su padre. ¡Y las botas! ¡Ese ruido de botas! Siempre el mismo. De este y del otro lado. Corridas. Aullidos. Insultos. Olor a sangre que imaginé brotando de bocas desdentadas, oídos reventados, vientres abiertos…

No sé cómo llegué acá. El viento calza botas. La brisa viste hedores. La lluvia usa dardos…

Suelo encerrarme en mi cuarto: los ojos vendados, los brazos cruzados en la espalda. Entonces vuelvo a escuchar a Mariana llamando a su padre. Un padre, que como Juan Gelman, sin pañuelo blanco y los pies ampollados, busca a su nieto. Porque yo sé, que la Mariana que aparece en las fotos, es ella. Embarazada de ocho meses. Que, como tantas Marianas, nunca vieron a sus bebés, y el mar se tragó sus lágrimas.

Sobre la autora

Egles Brenda Rizzi tiene 89 años y es de Chacabuco. Es docente jubilada y escribe desde su adolescencia. Tiene algunos libros de cuentos editados y participa también de los Juegos Bonaerenses provinciales.

La Escuelita: pedagogía del horror

Norma Lilian Santiago

Una construcción emerge como Sitio de Memoria, para resguardar los cachitos de azulejos, de revoques que gritan. En ese lugar estuvo lo que fue "La Escuelita" en Bahía Blanca.

Como desde hace muchos años venimos a encontrarnos, a abrazarnos cada 24 de marzo.

Conmueve imaginar: el cuarto oscuro, de ojos vendados, manos atadas a una cama o una litera, todos tan jóvenes. Dos de ellas, embarazadas, caminando, tarareando muy bajito una pequeña melodía para su pequeño o pequeña por nacer. Pidiendo por un poco de agua. Pidiendo para ir al baño.

Ni un poco de sol. Y los gritos. Y esa radio a todo volumen y... ese tren, que pasa, cerca.

Anoche. O en la madrugada ¿quién sabe?, se los llevaron. ¿A dónde? ¿A cuántos, a cuántas? ¿Quiénes quedaron?

La esperanza se desvanece ante la certidumbre de la muerte.

Quisieron negar sus nombres, sus cuerpos, su existencia.

Pasaron 50 años de insistir por sus hijos, su descendencia.

La Pachamama, esa tierra que alberga los silencios, los gritos de todos sus muertos, los protegió.

Pasado tanto tiempo, la ciencia que pretendieron destruir, nos permite conocer cuánto recorrieron sus huesos. Los huesos,

cuánto sufrieron. Los descubren y sus nombres van quedando para siempre en nuestros corazones.

("Abuela, ¿sabés qué es el derecho a la identidad?", pregunta mi nieta de casi 5 años y ella misma me responde: "El derecho a la identidad es el derecho que tienen las personas a conocer su verdadero nombre, quiénes fueron sus padres verdaderos". Y yo me muero de admiración por esa seño del jardín público de la salita de 5, que armó con sus niños la cartelera por el 24 de marzo y les ha contado lo que pasó en nuestro país).

Para que "NUNCA MÁS". Para que "LOS HIJOS DE LOS HIJOS APAREZCAN". Para que "LA ESPERANZA". Para que "LA JUSTICIA". Para que "NUESTRA PATRIA PUEDA SER ESE PAÍS QUE ELLOS, NUESTROS 30.000, SOÑARON".

Uno de los bebés nacidos allí es el nieto 140, que luego de 49 años pudo recuperar su verdadera identidad. Su hermana Adriana lo buscó incansablemente. Sus padres Graciela y Raúl continúan desaparecidos.

Sobre la autora

Norma Lilian Santiago tiene 70 años y vive en Bahía Blanca. Nació en el Hospital Ferroviario de Mar del Plata. En 1974 se fue a estudiar a la UNS de Bahía Blanca. Trabajó como técnica de laboratorio en el hospital municipal. Actualmente es jubilada y participa en el Centro de Jubilados de la Sociedad de Fomento de su barrio y en un club de lectura.

"Creo que nuestra palabra es el puente para que nuestros jóvenes no olviden el pasado".

Palabras vivas

Patricia Graciela Toni

Homenaje a las escritoras María del Carmen Sosa, Luisa Marta Córica, Alicia Eguren, Mónica Morán, Lucina Álvarez, Susana Pirí Lugones, Ana María Ponce, María Rosa Pargas, y en ellas, a todas nuestras mujeres detenidas desaparecidas.

Fue una época oscura, tremendamente oscura. Muchas olían todavía a primavera, otras maduraban simientes en un vientre que molían a palos.

Algunas se tragaban las lágrimas y la sal se convertía en fuego para quemarlos con la mirada, muchas se lamían la sangre de las heridas para mostrarles que con cada gota se devoraban la cobardía de esos miserables.

Eran mujeres escritoras, decidoras de palabras incómodas, hilvanaban letras de poesías insolentes como cuentas en collares.

Un día todo fue de niebla absoluta, les vendaron los ojos, les pusieron cinta adhesiva sobre los labios y las arrumbaron desnudas en un cuarto mugroso donde el aire explotaba por el olor a muerte.

Ellos no querían que los miraran, no querían escuchar lo que tenían para decir. Las querían invisibles. Apenas un trozo de carne que les sirviera para descargar picanas y semen putrefacto.

Y, sin embargo, los represores se sentían ofendidos porque esas putas se atrevían a pensar, y les tenían un miedo inconfesable, porque por alguna razón esas brujas no desfallecían.

Nadie les había dicho nada, pero ellas sabían que probablemente nunca más el sol les acariciaría la piel.

Debían dejar su testimonio y qué podían hacer entonces, sino escribir.

Tenían la tinta roja de su sangre, uñas para dejar el surco de su dolor grabado en las paredes y la inquebrantable esperanza para creer, que alguien, alguna vez, debajo de la pintura encubridora encontraría sus palabras.

Les hubiera gustado escribir cuentos infantiles repletos de dibujos con hermosos colores, o los poemas de amor más románticos, o simplemente una carta.

Pero les tocó escribir la historia, una historia que duele y que desgarra. Una historia sin juicio y sin justicia. Una historia inhumana.

Por suerte, ya no están ahí desnudas y arrumbadas, las rescatamos para darles abrigo en la memoria, para que sean visibles otra vez y vuelvan a vivir regocijadas, porque por fin, sus palabras fueron exhumadas.

Sobre la autora

Patricia Graciela Toni tiene 65 años y es de Lanús. Trabaja voluntariamente en la Biblioteca Social y Popular Libertador San Martín.
"Desde allí, procuramos que nuestra memoria se mantenga viva para que habite en la memoria de los jóvenes".

Menciones

El silencio de la noche

Héctor Osvaldo Almirón

No tenía necesidad de salir a esa hora. Dormir, es difícil. No padecía de insomnio.

Sale a la calle. Necesita aire fresco. La noche otoñal lo invita a disfrutar del silencio.

Camina lento. Cansado llega a la plaza Dorrego. Se sienta en un banco, apenas iluminado, en la penumbra, por la luz del farol, que se apaga y se enciende continuamente.

La deslumbrante oscuridad lo envuelve, escucha los silencios que vagan en la noche.

Vuelve a la piecita sus pasos lentos, inseguros por sus piernas cansadas. Las calles están vacías, los semáforos organizan inútilmente el tránsito inexistente.

Su propia sombra, se desliza por la pared del tapial del terreno baldío.

Escucha el ulular de la sirena del móvil policial que estaciona, descienden dos agentes, el más cercano con una mano lo empuja contra el tapial, le aprieta la cabeza sobre la despareja pared del muro. Con violencia lo palpa de armas.

Lo enfrenta, y le grita,

—¿Qué haces a esta hora en la calle? ¡Es peligroso! ¡No son horas para andar boludeando! ¿De dónde venís?¿Escuchaste algo, viste algo?

Gira la cabeza, acomoda las vértebras de la nuca, le duelen los huesos. Exhala un suspiro.

—Yo… no escuché nada, salí a dar una vuelta, nada más —¿Cómo explicar que a esta edad no podía dormir y que la vida es una mierda. Que sus fantasmas lo atormentan y prefería caminar en la noche?, ¿Cómo explicar que no soportaba a la gente?, ¿Cómo explicar?, se repetía mentalmente.

—Volvé a tu casa viejo y no salgas más a esta hora, es pe-li-gro-so ¿entendés?... Vamos, este no ve ni escucha nada. ¡Ya sabés que no queremos verte más, sino sos boleta! ¿Entendiste?

Aspira profundamente, apenas puede respirar, sus huesos viejos no soportan el esfuerzo de tanta tensión.

Camina arrastrando los últimos pasos. Entra por el pasillo de la casa, Cacique lo recibe sacudiendo la cola, acaricia la cabeza del animal. "Estás viejito", le expresa, "ya no saltás y apoyás las patas delanteras en el pecho".

Se derrumba en la cama boca arriba. Intenta recordar. ¿No había visto nada, no escuchó nada?, se preguntó. Con estos tipos no se jode. No fue un sueño, muchos compañeros detenidos, torturados y desaparecidos. Era el pasado que decidió olvidar. Siente un escalofrío ¿están volviendo los crueles tiempos del pasado?

Siente su piel sobre la parrilla, el olor nauseabundo de carne quemada por la picana. El recuerdo de la tortura contínua le produce estertores en su vieja osamenta.

Entredormido escucha la noticia.

"Último momento, anoche al llegar a su domicilio frente a la plaza Dorrego acribillaron con cinco disparos al juez Julio Carmona. Se presume que es una vendetta vinculada al poder político y al narcotráfico producto de su investigación. Fuentes policiales afirman que están en la pista de un testigo que están buscando, que fue visto por la zona".

Una descarga helada recorre su espalda, abre los ojos, no duda, confirma que volvieron los crueles tiempos del pasado.

Sobre el autor

Héctor Osvaldo Almirón tiene 70 años y es de San Nicolás de los Arroyos, San Nicolás. Es jubilado y le gusta escribir sobre temas sociales. Es miembro de la Mesa de la Memoria por la Verdad y la Justicia de San Nicolás.
"La memoria determina el compromiso con la otredad. Para construir un nosotros colectivo".

Caballo pinto

Néstor José Andrade

La unidad básica de Arana casi Montiel, en Tandil, era el espacio de encuentro, donde organizábamos el trabajo social, se debatía política y nos daban asistencia social. En el 51, ya a los 11 años participé en fútbol en los "Juegos Evita". Fue el primer pantalón largo, los zapatos Mérito y medias 3/4 que tuve.

En el 55, en la Revolución Libertadora, con 15 años me llevaron preso con mi mejor amigo por gritar ¡Viva Perón! en la avenida Colón. Sabíamos que el valor se pagaba. Nuestros padres no reprendieron esa osadía juvenil.

Admiraba el cuadro del General Perón montando su caballo *Mancha*, un pinto blanco con manchas negras, de gran alzada, elegante. Para mí era una estampita de respeto y veneración. Qué alegría sentí el día que la unidad básica me regaló uno igual. Iba a estar en mi casa, ¡conmigo siempre!

En 1976 tenía 26 años. Ya hacía 5 años estaba casado y tenía mis primeras dos hijas, los años traerían dos más para completar la familia. Habíamos podido hacer nuestra casita en el barrio Villa Aguirre, frente a las vías del tren.

Trabajaba en la fábrica de quesos La Tandilera. Con trescientos empleados todos los días elaborábamos 35.000 litros de leche. Yo era delegado. Un día al secretario general del sindicato y a su segundo, los llevaron a la comisaría; dos compañeros fueron a

verlos y también quedaron adentro. Los llevaron a Azul. Cuando soltaron a uno, recién las familias pudieron saber de ellos e ir a visitarlos. En esos años los sindicatos y la CGT quedaron cerrados con guardias. La lucha era resistir en silencio.

Mi barrio era tranquilo. Mi hermana, trabajaba en la casa de un militar que la apreciaba mucho, y le advirtió que iban a pasar a revisar las casas. ¡Mi caballo pinto! Había que ocultarlo. Con mucho dolor tuve que llevarlo a la casa de mi amigo Ochoa, al campo. La marcha peronista escrita quedó disimulada en algún lugar de la casa, a modo de amuleto de honor a mis ideas. A partir de ese día empezamos a cerrar las puertas con llave. Teníamos miedo.

Fue una noche de invierno. Escuchamos frenar el tren en Darragueira, la estación no daba entrada a la formación. Empezaron a bajar soldados de ambos lados del tren. Llamaron a la puerta. "¿Quién anda ahí?", "la policía". Abrí un poco la puerta y se metieron los militares. Rodearon toda la casa. Nos arrinconaron en la cocina. Despertaron a las nenas y las llevaron con nosotros. Empezaron a revisar roperos, cajones, camas, desarmaron luces... Les dije: "yo no tengo arma porque no tengo con quien pelear". Me gritaron: "vos te callás la boca y no hables más nada". Claro que mis armas más poderosas no las iban a encontrar: mis ideas de libertad, poder, fuerza y nobleza, las que iluminaba mi General en su caballo pinto, ellas grabadas en mi corazón.

Sin más salieron de la casa, creyendo no haber hallado nada. Lo que buscaban no se palpaba, se sentía.

Sobre el autor

Néstor José Andrade tiene 85 años y vive en el barrio Villa Aguirre de Tandil. Es estudiante de la Escuela Primaria de Adultos N° 702.

Festejo impropio

José Osvaldo Antequera

El despertador sonó a las cinco de la mañana con una estridencia inusitada. A tientas, por el silencio de la casa, abandonó el sueño. En su estómago palpitó la recurrente sensación: un coágulo ácido y caliente boicoteaba su ánimo. No obstante salió a la noche fría. Se internó en la oscuridad rural. Portaba el libro de *Sueldos y jornales* de la empresa a la que sentía como propia. Algo merodeaba en las sombras que cercaban sus pasos. Lo que ocurría más allá de la temprana realidad, estaba fuera de su entendimiento. Sin embargo, era tan significativo que percibía los ecos de la conmoción. ¿Perdería el colectivo, tropezaría en medio de la oscuridad? Se imaginó frente a su jefe con las hojas embarradas del registro de empleados. Para sortear los obstáculos reales e imaginarios debía recorrer el camino hasta la encrucijada de calles por donde pasaba el único medio de transporte. Si el ruidoso ómnibus venía adelantado o sin luces, disponía sólo de un par de minutos para correr y ser visto por el conductor antes de que girase y lo dejara varado en ese amanecer crepuscular. Tuvo un raro presentimiento. Percibió un estruendo lejano. Se vio el primer indicio del alba y desde el río cantó un gallo. Arribó a tiempo al paradero. Las casas cercanas seguían en reposo, el agua fluía por los surcos exhalando las mil y una esencias silvestres. Pensó que tenía suerte al dejar la pobre

inmovilidad del campo. Sin embargo no lograba experimentar una felicidad plena. Esa angustiosa espera, el largo viaje hasta la ciudad, la capa de polvo que cubriría su aspecto, las burlas de sus compañeros por su origen campesino empañaban sus logros. Ya en viaje y a pesar de la incomodidad se durmió. En algún paréntesis, escuchó comentarios incomprensibles de pasajeros, en otro; ascendieron y descendieron personajes extraños que olían a óxido, requisaron su registro de obreros. Cuando llegó a la empresa, el gran portón se hallaba cerrado. Un cartel con letras rojas advertía: "suspensión de actividades hasta nuevo aviso". Rodeó la fábrica y se dirigió al chalet de su jefe. Acababa de ocurrir una tragedia. Sin embargo en la sala estudio del gerente, el personal administrativo se hallaba festejando. Marta, la secretaria, se veía exultante, reía como si su novio (el contador) se hubiese divorciado. Sonó el teléfono. Todos siguieron al gerente que se paseaba en bata y bebía café. Sonrió maliciosamente al oír la voz del interlocutor. Colgó, se irguió soberbio y proclamó: "al fin derrocaron al gobierno. ¡Café y tortitas para todos!". Agregó mientras subía triunfal a su habitación. Ferracutti, como apodaban al cadete, percibió que fuera de ese festejo impropio, algo se derrumbaba en el mundo con él. Nunca olvidaría aquel 24 de marzo. No consiguió contagiarse de la felicidad de los demás. Había un sentido esencial en su actitud que se revelaría semanas después, cuando las persecuciones indiscriminadas lo convirtieran en una de las miles de víctimas del genocida gobierno de facto que se autoerigió aquel día.

Sobre el autor

José Osvaldo Antequera tiene 68 años y vive en Mar del Plata, General Pueyrredón. Nació en Mendoza. Es docente jubilado de Historia y escribe.

"A través de la docencia antes, y ahora mediante la Literatura, trato de transmitir los avatares de los argentinos de a pie, las razones olvidadas de nuestra Historia Argentina, cúmulo de injusticias que hemos permitido y que nos han traído hasta este límite de fragmentación social y económica".

Historia de desencuentros

Susana Bogey

Desde los días de la Patria naciente, Abeles y Caínes se disputaron las páginas de nuestra historia. Desde tiempos de la colonia, los privilegiados del poder real, confrontaban con una mayoría demandante de libre comercio y autodeterminación.

Ya en 1810, un mayo augural vio las contradicciones entre un Moreno encendido y un Saavedra moderado, pero imprescindible para sostener con las armas la rebelión posible. Y a poco de andar, la fuerza triunfaba sobre las ideas ardientes, que perecieron bajo el océano, porque "hacía falta tanta agua para apagar tanto fuego".

Luego, la lucha consiguiente, entre los porteños, ahora prebendario del libre comercio confrontando con el interior demandante y proteccionista de sus economías regionales. Así, sucedieron décadas de enfrentamiento entre unitarios y federales, que tiñeron de sangre la generosa geografía. Mientras algunos que se arrogaron "civilización", estigmatizando a otros de "barbarie", para justificar sus propias salvajadas. Siguieron roquistas contra mitristas, radicales versus conservadores, personalistas contra antipersonalistas, y liberales contra populistas.

Todo, entre intentos fallidos de organización nacional, contratos sociales que trataron de plasmarse en sendos pactos y constituciones que tardaron más en escribirse que en violarse

y anularse. Las diferencias justificaron asesinatos y traiciones, fusilamientos y bombardeos, lealtades incondicionales y traiciones, con el común denominador de la intolerancia, más allá de los fines invocados.

Así llegamos a mediados del siglo pasado, con procesos sociales avanzados, seguidos de otras tantas represiones y deslegitimaciones, jóvenes cansados de tantas rupturas institucionales, proscripciones, de tantas persecuciones a luchadores populares, optaron por la lucha armada. Y fue justificativo para que en 1976, una dictadura feroz se ensañara contra toda la Nación. Con prácticas que de los fines invocados, rompieron las más elementales normas de respeto a los Derechos Humanos. Así, secuestraron, torturaron, vejaron, y asesinaron a cuantos se oponían a sus intereses sin respetar mujeres ni hombres, ni ancianos ni niños, apropiándose de los bienes y las vidas de sus víctimas, incluso de los bebés nacidos en cautiverio.

Mientras la sociedad miraba horrorizada, o se escondía en la negación de "por algo habrá sido", las Madres y las Abuelas fueron mil Marías sin sus Cristos, buscando a sus hijos y nietos.

Nosotros, jóvenes idealistas, recién casados, con un niño pequeño, no fuimos ajenos a ello. En irónica coincidencia, caímos en celebraciones patrias: a vos, mi amor, te llevaron sin retorno un 25 de mayo. Que auguraba otra noche del horror, porque a mi me tocó pasar el 9 de Julio en un centro clandestino de detención. Allí supe de tu final, una gélida noche en que se conmemoraba la Independencia. La lluvia entró entre los barrotes y me penetró, helándome por dentro.

Los sobrevivientes debimos enfrentar cárceles federales, cesantías, proscripciones, exilios externos o internos, y las eternas sospechas.

Pero asumí la tarea de procurar Memoria y Justicia, por ustedes, por nosotros, para que NUNCA MÁS nuestra historia se siga escribiendo con sangres fraternas.

Sobre la autora

Susana Bogey tiene 72 años y es de Junín. Es docente. Ex-detenida desaparecida y presa política de la dictadura. Militante gremial y por los derechos humanos.

Tanques en mis calles

Cecilia Francisca Carpi

Era una tarde como tantas.

Salimos como de costumbre de la casa de mi amiga, ya que ella me acompañaba hasta el Colegio de Hermanas donde me hospedaba. No bien llegamos a la esquina lo vimos: un despliegue impactante de vehículos militares apostados sobre la Avenida Maya entre las calles Cecilia Borja y Coronel Suárez.

No dimos un paso más y volvimos a contarlo.

Había soldados y unidades de gran porte, color verde oliva, que no conocíamos. La curiosidad y un poco de temor inocente, se adueñó de nosotras. Teníamos catorce años.

El padre fue categórico:

—¡Se quedan acá! No van a ningún lado.

El hermano mayor, poco más de dieciséis, reía torpemente con actitud sobradora, demostrando que él no tenía miedo y, el menor, un niño todavía, en un abrir y cerrar de ojos se escapó a mirar de cerca. Para él eran parte de su mundo de fantasía de soldaditos de plomo, tan comunes para la época.

Por teléfono fijo, avisaron que esa noche dormiría ahí.

Nosotras no ignorábamos todo. En el colegio hablábamos del conflicto del Beagle. Por supuesto desde una sola mirada, con una única y muy direccionada interpretación que les era permitida impartir a los profesores.

Los diarios de entonces, obsecuentes al fin, ayudaban en la construcción y difusión del relato que creaban las Fuerzas Armadas, sobre los hechos.

—Esos chilenos que quieren apropiarse del Beagle.

No éramos inocentes, pero a esa edad nos faltaba un montón de madurez para dimensionar con claridad la gravedad de lo que estaba sucediendo. A pesar de nuestra comprensible ingenuidad, entendimos que algo no estaba bien y que esa movida estaba muy asociada al enfrentamiento bélico, pero claro, era mucho más esperanzador pensar que eso no nos iba a pasar a nosotros.

El resto de la jornada fue tenso, en una casa donde habitaba la alegría y el diálogo.

A la hora de la cena, la madre nos explicó que los militares estaban yendo demasiado lejos y que estas acciones se enmarcaban en una posible guerra que a esta altura, parecía inevitable.

Nosotros, sobre la Ruta Nacional N° 5, éramos un sitio de descanso para las tropas que ya se movilizaban hacia el sur.

Al día siguiente ya no estaban.

Era diciembre de 1978. Había pasado el mundial y por muy poco la guerra no fue.

Igual fueron muy lejos...

Nuestra comunidad registra la oscura estadística de cinco personas desaparecidas, que nunca fueron un número, eran vecinos. Hoy, solo tenemos de ellos, Sitios de Memoria.

No quedaron ahí. No se privaron de ninguna estrategia perversa y asesina para violar de forma sistemática todos los Derechos Humanos que se pueda describir y la Guerra de Malvinas.

Dice la canción que "todo está guardado en la memoria".

Podría detallar ese día de tanques y militares en mis calles… Y eso, muy lamentablemente, no fue solo el comienzo ni tampoco el final de la época más siniestra de nuestra historia reciente.

Sobre la autora

Cecilia Francisca Carpi tiene 62 años y vive en Carlos Casares. Nació en Bellocq. Es maestra jubilada, museóloga y escribe. "Los adultos mayores somos quiénes aún estamos dando testimonio del pasado reciente. Sin el registro de estos relatos, gran parte de lo vivido hubiera sido erosionado por el paso del tiempo".

Cómo has hecho sufrir a tu madre

Estela Cristina Cerone

Hoy 26 de marzo se cumplen cincuenta años de la partida de mi vieja, la *Nely*.

Una muchacha de la sociedad de Tandil que estudió pintura, magisterio, que se casó con un oficial de aeronáutica y, que cuando yo tenía apenas tres años, no pudo soportar el alcoholismo de su marido, mi padre.

Así, preparó algunas pocas pertenencias y, en su ausencia, subimos al auto de mis abuelos y nos recluimos en la casa de ellos en Tandil.

Empezar de nuevo, trabajar. Ahora como maestra rural. *Nely*, que sólo volvía al pueblo cuando no llovía, pero que pensó que esta "pichona", como me nombraba, debía estudiar danza, piano, inglés, además de la escuela obligatoria.

Sus ausencias las cubría con mucha lectura, un refugio seguro, y cuando vino la adolescencia, la presencia de una monja que amparaba mis penares, la Hermana Lucía.

Con ella conocí los retiros espirituales y una teología que luego supe se llamaba "de la liberación". Militancia en villas y barrios, la pobreza en su cara más cruel. Amaba a esa religiosa.

Pasó el tiempo, me recibí de maestra, empecé la carrera de letras, corrían los años 70 y América estallaba; nuestra tierra, también.

Estudiaba y trabajaba en una escuela especial como maestra de música.

Cuando ofrecieron capacitación, ahí me anoté y, por esas vueltas del azar, una noche, volviendo en el tren desde CABA, un joven con bigotes y pantalones oxford se ubicó como acompañante.

Peronista el muchacho, un *Bombita Rodríguez* auténtico. Yo, que me arrogaba un antiperonismo "de libro", sucumbí a sus aseveraciones y a sus caricias. No sé qué me convenció más.

De ahí a meterme de lleno en la militancia, un paso. Ese grupo humano que sí era una "juventud maravillosa" me ubicó en el lugar del mundo que venía buscando desde aquellos tiempos de militancia cristiana. Una continuidad, o una superación, tal vez.

Los momentos de alegría y guitarreadas, de tortas fritas con los compañeros del barrio, de sábados y domingos haciendo cordón cuneta se fueron poniendo difíciles.

¿Después? Detenciones varias. Tres días por pintar consignas. Tres meses por militancia en la ciudad. Y siete años por "delincuente terrorista".

¿Y la *Nely*?

Siempre a mi lado. "Tus compañeros son maravillosos pero los van a matar a todos", me dijo una tarde.

Pero ahí, acompañando cada cachetazo, llegando a la comisaría, visitando la cárcel, hasta que dijo "basta".

"Tu vieja tiene 3 meses de vida", alertó un familiar.

Nos vimos en febrero, en Olmos, y la abracé hasta el infinito.

Un día como hoy, el jefe del penal me daba la noticia.

Una fila de compañeras me esperaba en el pabellón. Y el amor, que arroba ante la ausencia definitiva.

Pasados siete años, volví a mi ciudad y fui al abrazo con la monja que me abriera los ojos a la injusticia.

—Ay, ¡Cómo has hecho sufrir a tu madre! —dijo.

Y sentí que nosotras, las de antes, ya no éramos las mismas.

Sobre la autora

Estela Cristina Cerone tiene 74 años y es de Azul. Es docente jubilada. Fue cofundadora y directora de la Escuela de Estética de Azul. También ha trabajado como Secretaria de Cultura y Educación del Municipio de Azul y participó activamente del movimiento Cervantino. Ha publicado un libro e integra el grupo de Ex Presas políticas, con quienes han realizado una obra colectiva denominada "Nosotras en libertad".

Encuéntrenme

Gustavo Carlos Cucurulo

Sintió como si sus pulmones se inflaran; el entumecimiento de sus huesos quedaba atrás del letargo. Lentamente abrió los ojos; el resplandor diurno lo encegueció. Estaba de pie, no acostado.

Al fin la vista se le aclaró, la joyería ocupaba dos locales. ¿Qué había en el otro? Le costaba recordar. El lugar se veía ajado, olvidado. Lentamente comenzó a caminar, las calles eran aquellas que recordaba, con más gente, autos extraños y los transeúntes con ropajes desconocidos y peinados raros. Los hombres, todos rapados como policías.

Lentamente recuperaba los recuerdos, la plaza ya no tenía las baldosas rojas, había una placa conmemorando a los héroes combatientes, no recordaba esa guerra.

Los mástiles elevaban tres banderas, solo se acordaba de la nacional. La madre estaba en el centro de la plaza, una fuente la bordeaba, y el enrejado parecía recluirla. Pensó: "Es como dice *Pacha*, la placita Italia está encarcelada".

En la confitería Las Familias vendían zapatillas futuristas, y donde fuera la zapatería de Costa despachaban desconocidos helados, el bar se llamaba Pericles, dudo que fuera por el ateniense.

Siguió caminando, ingresó al cine por una rampa; el piso de pinotea no estaba, ni las butacas de cuero verdes, el olor a encierro no se percibía. Todo relucía. Se emocionó: qué bien se vería una obra de teatro del negro o un recital de jazz, si pudiera, hubiera llorado.

La estación también tenía otro color y el bar de Apella no estaba. Dobló en la avenida, frente a la placita vio la calle con su nombre y su rostro pintado, quiso parar a la gente y nadie le respondía, como si fuera invisible.

Corrió desesperado hacia la plaza; había un gentío, cantaban canciones, leían poemas, pasaban películas, pañuelos... Son 30.000, que digan dónde están, desaparecidos... ¿De qué se trataba todo eso?

Vio a Mariano más avejentado de lo que recordaba a su padre. Le habló y no lo escuchó. Un niño de seis años se acercó a su hermano y le preguntó.

—¿Qué sos del *Pato* Lacoste?

—El hermano.

—Viste, te dije, —le comentó el niño a otro infante.

Se quedó solo, aislado, tratando de comprender.

La multitud se dirigió al centro de la plaza, hicieron una ronda, las cuerdas sonaron la melodía del himno, todos cantaban y se pasaban un trapo de tela blanca. Una mujer lo tomó, saltó la verja del monolito, caminó entre las aguas de la fuente, trepó el monumento y colocó el trapo en la cabeza de la madre que se convirtió en pañuelo.

Una joven gritó por los treinta mil desaparecidos; los presentes respondieron: "presentes, ahora y siempre", y luego su nombre: Luis Oscar Pato Lacoste, presente. Y la multitud vociferó al unísono: "Ahora y siempre... ahora y siempre... ahora y siempre".

Recordó que su librería ya no estaba... la noche que lo arrancaron de su casa, el cautiverio, la fuga...

Y ahí comprendió que él era un desaparecido, se fue esfumando, deseando, pidiendo que lo encuentren.

Sobre el autor

Gustavo Carlos Cucurulo tiene 67 años. Nació y vive en Lobos. Es jubilado. Tiene dos libros publicados y es fotógrafo aficionado. Es militante de derechos humanos, sindical y político.
"Como adultos mayores, somos parte de la memoria viva y debemos seguir transmitiéndola para que perdure en las futuras generaciones".

Trece retenes

Juan De la Penna

—¡Te tuve que quemar los libros!

Fue lo primero que dijo mi madre cuando me vio entrar a la cocina. Yo había llegado esa madrugada desde La Plata, donde estudiaba, para pasar unos días en Tres Arroyos.

—Quemé los libros y algunos discos —agregó.

La besé de mala gana y me quedé mirándola, esperando que me diera una explicación.

—La semana pasada hubo un operativo —dijo—. ¡Había soldados por todos lados!

—¿Y por qué no los escondiste? —pregunté.

—¡Vos estás loco! ¡Los tipos entraban y revisaban todo! ¿Dónde querés que los escondiera?

—No sé. En cualquier parte —dije.

—¡A vos te parece fácil! Guardé los diarios para que veas todo lo que pasó.

Esa tarde me dediqué a leerlos.

La Voz del Pueblo informaba que el 15 y 16 de septiembre fuerzas conjuntas (Ejército, Marina y Policía) habían ocupado la ciudad.

Los comunicados militares apelaban al sentimiento patriótico de la ciudadanía, pedían disculpas por las molestias, advertían que estaban trabajando en defensa los altos valores nacionales y la seguridad de las familias, y recomendaban no adoptar

actitudes que pudieran interpretarse como intentos de sustraerse al control de las fuerzas de operaciones. Por último, el jefe del operativo alentaba a denunciar, personalmente o por teléfono, actividades sospechosas que pudieran tener relación con elementos subversivos.

Un punto de esos comunicados detallaba las intersecciones de avenidas en las que habían ubicado los retenes por los que solo se podía entrar o salir de la ciudad. Busqué un plano y los marqué con círculos rojos. Eran trece y definían con nitidez el cerco que había atenazado la ciudad durante dos días.

Me imaginé a mi madre dentro de ese cerco tratando de quemar los discos antes de que los militares le tocaran el timbre.

—Los libros se queman enseguida, pero los discos no —me había explicado —. ¡No sabés el trabajo que me dieron!

Creo que en ese momento comencé a justificar su brote pirómano.

Antes de regresar al cuartel el jefe del operativo, teniente coronel Osvaldo Bernardino Páez, le agradeció al pueblo de Tres Arroyos, con otro comunicado, la colaboración prestada.

Con los años supe que a ese operativo lo llamaron Operativo Trigo y qué existía un informe policial que detallaba el resultado de los allanamientos: secuestro de armas caseras, literatura izquierdista destruida y 26 detenidos (5 de los cuales fueron trasladados a Bahía Blanca).

Páez fue condenado a prisión perpetua en la Megacausa Zona V que instruyó la Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Bahía Blanca y mi madre nunca me explicó la razón por la que no quemó los discos de Mercedes Sosa.

Alguna vez se lo pregunté.

—¡Mirá con lo que salís! ¡Qué sé yo porque no los quemé!

Nunca le volví a preguntar, pero como a tantas otras cosas que pasaron en la dictadura —el criterio con que un niño era

seleccionado para su apropiación, o cómo se decidía la suerte de un detenido—, todavía le sigo buscando justificativos.

Sobre el autor

Juan De la Penna tiene 70 años y es de Tres Arroyos. Es miembro del Nodo Tres Arroyos de la Red por la identidad.
"Transmitimos memoria para honrar a nuestros muertos y para que los hechos pasados nos ayuden a entender y modificar los males del presente".

Media de lana

Daniel Deybe

Soy una media de lana. En tiempos normales las medias ni vemos, ni oímos, ni hablamos, pero me tocaron tiempos duros y quiero testimoniar.

Fui fabricada en Noruega con una lana muy delicada, abrigada y ligera. Llevo bordadas varias Bergfrue, la flor nacional. Un joven argentino me compró en un museo. Nos regaló a su sobrina, que vivía con sus padres y cuatro hermanos en un campo. La pequeña dio un gritito de alegría.

Nos puso una tarde y subió al auto con toda la familia. El padre tomó una ruta de tierra. En el camino dijo algo que no entendí: puta madre, un Falcon, sonamos. Frenó abruptamente y agregó: tienen la cara cubierta. Chicos, quédense en calma y no reaccionen, vamos a salir de esta.

¡Carajo, otro Falcon!

Nos bajaron. Silenciaron a golpes a los padres y los metieron en el primer auto. A los niños los empujaron en el segundo. En un descampado los desnudaron a todos. A ellos los empujaron hasta el borde de una fosa. Nosotras fuimos a parar a un baúl. Oímos sonidos fuertísimos.

—No los van a encontrar nunca, zurditos judíos —dijo uno al subir al auto.

—Todos ricachones, llevaban buena ropa —agregó el otro—. Vamos a quedar como reyes con el coronel.

Nos entregaron a ambas a otra niña —¡Qué finas y qué bordado, nunca vi algo así! Gracias, papá. ¡Qué suerte que ahora tenemos plata! —afirmó con placer. Pronto se cansó de nosotras y nos regaló a otra niña, que nos usó regularmente. Una tarde unos muchachones la atacaron. Cuando reaccionó, se cubrió como pudo. Quedé sola, tirada detrás de una mata. Me encontraron y me pusieron en una bolsa de plástico. Terminé en un depósito.

Hace un tiempo me sacaron y me llevaron a un lugar raro donde sacaron pedazos míos. Luego me trajeron aquí y me pusieron en esta caja de vidrio. A veces una señora con pañuelo blanco en la cabeza les cuenta a unos desconocidos:

"Uno de los asesinos declaró que la ropa de mi familia la habían distribuido en un barrio de Campo de Mayo. Buscamos a los que podían haberla recibido. La hija de un milico recordaba un par de medias finísimo. Se las había dado a una mucama. La ubicamos y nos contó: 'Limpié a mi hija ensangrentada, deshecha; y quemé su ropa. Había perdido una media, me quedó grabado'".

"Pensamos que quizás la policía la había encontrado. Se reabrió esa causa y allí estaba. El análisis de ADN halló rastros de mi nieta. Un peritaje más profundo detectó la tierra del lugar donde luego el equipo forense encontró los restos de los míos. Los recuperé, por fin".

Siento que vuelven a acechar tiempos difíciles, por eso retomo la palabra.

Sobre el autor

Daniel Deybe tiene 69 años y vive en Pinamar. Co-dirige la Casa de Artistas Montfleuri-sur-Mer. Realiza artesanías, hace

teatro y organiza actividades. Ha publicado un libro de cuentos titulado *Mosaicos*.
"Escribo para que no haya olvido".

Ausencias

Mirta Noemí Esteves

Aún me sobresaltan los sonidos de los autos, de los pies que corren, y me aferro a los que quedan por temor a perderlos.

Sé que hay otros que lloran a sus muertos y aquí en mi pueblo, en Pringles aún no cerraron las heridas que todavía están abiertas.

Teníamos veinte años, el corazón repleto de sueños, nos conocíamos desde la infancia, nos sentíamos dueños de la esperanza.

Todas las tardes nos reuníamos en el bar del pueblo.

Arturo y yo llegábamos temprano, empezábamos el noviazgo juvenil y queríamos compartir tiempo solos.

Rubén Gargaglione llegaba con el uniforme, estaba cumpliendo con el servicio militar obligatorio.

María Adelia hablaba de sus estudios de medicina; Arturo, su hermano, intentaba terminar el secundario y nos amábamos.

Elba Farías nos visitaba desde Chaco. Jugábamos a imaginar un mundo en el que todos fueran felices.

Juan Carlos Irurtia leía su poesía en voz alta como una premonición: "Me voy solo, no quiero que me olviden, tal vez regrese algún día".

Allí hacíamos planes: pintar murales, llevarle juguetes o golosinas a los chicos de la calera, o leer poesías en la plaza o

recorríamos las calles repartiendo panfletos que hablaban de justicia social.

Imaginábamos un mundo en el que todos fueran felices.

La realidad nos golpeaba impiadosa y nosotros nos empeñábamos en hacer crecer la utopía cotidiana.

Esa tarde Juan Carlos contó que tenía que irse, estudiaba derecho y trabajaba en La Plata. Lo mismo Eduardo Casataro y Elba Arteta, que recién comenzaban a ser novios.

Soñábamos, compartíamos los mismos ideales.

Así transcurrían las tardes-noches del pueblo bonaerense.

Pactamos un encuentro para después de las vacaciones.

El primero en marcharse fue Rubén Gargaglione.

Pasó el tiempo, la situación empeoraba en el país y nosotros no habíamos podido comunicarnos.

El silencio crecía cada día.

Una noche, al volver de la escuela en la que trabajaba, mi padre me contó que la policía había detenido el colectivo en el que viajaba Rubén y lo había llevado detenido.

Había sido la despedida, la cita que no supimos entender.

Me abrazó, lloramos juntos.

Había sido la última cita, la despedida que no pudimos entender, en un mundo violento e injusto.

A medida que pasaba el tiempo, me fueron llegando noticias.

Arturo y María Adelia habían desaparecido. Ella en su condición de médica, él representante gremial y militantes de Montoneros. De Elba y Eduardo, recién casados, su familia no tenía noticias, eran estudiantes.

A Beratz no lo veían sus vecinos desde hacía tiempo, nunca supimos de él.

Una tarde secuestraron a Elba Farías en el centro de Pringles.

Entendí que había llegado mi tiempo y me marché.

Hoy regreso al bar, intento recordarlos. Miro las mesas descoloridas y el espejo en la pared.

Lentamente vuelvo a esos días en los que juntos soñábamos una sociedad sin excluidos.

En mi corazón solo hay ausencias que duelen.

La memoria me anima a recordar para que no mueran.

Sobre la autora

Mirta Noemí Esteves tiene 76 años y es de Coronel Pringles. Es docente jubilada y participa de los talleres literarios "Casa Quemada". Es presidenta de la Asociación Belgraniana.
"Conservar la memoria sobre el genocidio es una manera de que no se repita NUNCA MÁS".

La novela de la tarde

María Claudia Esquivel

Cada tarde, luego que los chicos ya se habían ido al colegio, aquel encuentro era casi obligatorio. Un día fui invitada a participar y fue allí donde comenzó a suceder una experiencia maravillosa. Yo ya estaba embarazada de siete meses y en ese tiempo, año 1977, plena dictadura, todo era muy peligroso. Desde que había desaparecido Andrea, mi prima hermana, nuestras familias desconocían nuestros domicilios y lugares de trabajo, por lo que las visitas familiares no existían. Sólo nos veíamos a veces en lugares públicos.

Hacía unos pocos días nos habíamos mudado a aquel barrio sencillo, con calles de tierra y casitas bajas. Fernando trabajaba en una fábrica metalúrgica como operario. Y yo estaba dedicada a empollar.

Mis vecinas —éramos cinco familias que vivíamos en ese pequeño conjunto de departamentos— también estaban embarazadas, pero yo era la única mamá primeriza. Susana, por ejemplo, ya iba por el quinto embarazo. Todas las tardes se reunían alrededor de una gran mesa y Juana, que ya iba por su tercer embarazo, oficiaba de coordinadora de lo que era una especie de improvisado tallercito de costura.

Ella asignaba las tareas de acuerdo con lo que el dueño de un taller verdadero solicitaba. En esa época estaban cosiendo camisas. Por supuesto recibían una retribución mínima.

Un día me golpean la puerta y me invitan a participar. Yo, que apenas podía coser un botón, les dije que no sabía coser. Que no les sería útil. Pero insistieron y me asignaron la sección costura de botones. Y fui, con todas las reservas, porque en esas reuniones circulaban todas las historias. Las propias y las ajenas. Siempre fui tímida y reservada. Pero en esos primeros días lo fui más, porque debía preservar todos los datos que nos pudieran identificar como militantes. A ellas les intrigaba por qué mi familia no me visitaba nunca. La de Fernando se explicaba más porque vivían en Tandil, pero la mía estaba cerca. Y como habíamos presentado la garantía de mi familia para poder alquilar sabían que mi papá era profesional. Era sumamente extraño que viviéramos allí pudiendo, quizás, hacerlo en otro barrio. Hasta que un día comencé a darme cuenta que ellas imaginaban una novela con nuestra historia de amor: yo, una excelente, juiciosa, amorosa y sobre todo estudiosa hija, me había enamorado perdidamente de un humilde obrero metalúrgico y había elegido vivir con privaciones y hasta soportar el castigo familiar por ese amor. Fernando, que era muy agradable, sobre todo con ellas, lograba su admiración. Lo fantástico fue que, tal como en un juego, la historia la fueron construyendo ellas y eran ellas las que me la iban contando a mí. Yo sólo la confirmaba.

Nunca imaginé ser la protagonista de la novela de la tarde.

Aquella hermosa comunidad de mujeres colaboró, sin saberlo, a preservar nuestras vidas. Me enseñaron todo sobre el parto, sobre "dar a luz" en aquel momento oscuro. Sólo con palparme la panza acertaron la fecha en que mi hijo nació, mientras los médicos no tenían certeza alguna y con sólo mirarlas aprendí a cuidarlo.

Mi hijo vivió la solidaridad y la comunidad cotidianamente. Pisó la tierra, trepó árboles, jugó, jugó y jugó, lo más maravilloso de la infancia.

Queridas mujeres, gracias.

Sobre la autora

María Claudia Esquivel tiene 72 años y vive en Avellaneda. Es escribana jubilada. Participa del Taller literario del Espacio para la Memoria del ex CCD "El Infierno", de la ciudad de Avellaneda.

Mi niño perdido

María Estela Di Mauro

Esta es una historia como hay muchas. De un momento para otro, un día de sol, se puede convertir en la noche más oscura. Alguien escondió a mi niño, no lo encuentro, desapareció.

Pasa el tiempo y me pregunto ¿dónde estás? Busco, busco y no sé dónde estás, el tiempo no se detiene, corre y tu no vuelves. ¿A dónde estás? ¿Qué cuco siniestro te engañó y te alejó de mi lado? Se me estremece el alma con tu ausencia. En el silencio de la noche me parece escuchar un grito ahogado. La angustia se apodera de mí, mil preguntas siguen rondando en mi cabeza, ¿Dónde está mi niño? Elevo una oración al cielo como si ello pudiera traerte de vuelta a mi lado. El teléfono no suena y eso me desespera. ¿Dónde buscarte? ¿Dónde ir? Hay una voz interna que me dice "no te rindas". Pasan las horas en esta soledad y el miedo se apodera de mi alma. Entre sueños pensé que estabas a mi lado, al despertar mi mente se nubla, la pena vuelve a estrujar mi corazón.

¿Dónde refugiarme? La soledad es tan grande dentro de mí, se empiezan a generar sentimientos de rabia, dolor, desesperanza y un infinito cansancio. En ocasiones la mente me juega una mala pasada porque me parece verte caminar entre la gente, de repente te me esfumas como un fantasma, pasa el tiempo, días, años y tu no vuelves. Tu ausencia es como un puñal clavado en mi corazón. Yo sigo buscando.

Muchos años pasaron, mis cabellos se llenaron de canas, la vida continúa, tu figura se va

diluyendo y me niego a que eso suceda, hay gritos que no hacen ruido, pero ahogan. Lloro por ese futuro que quedó truncado.

Esta es una herida que no sangra, pero duele.

Construir sobre ruinas no fue tarea fácil, noches de insomnio, lágrimas negras surcan mi rostro, ese infinito dolor que no cesa.

Una mañana al prender el televisor vi a unas mujeres que tímidamente se empezaban a juntar en la Plaza de Mayo. No se podía estar paradas, así empezaron la ronda que las inmortalizó. Todas transitaban esa siniestra etapa de dolor, era una manera en esta lucha silenciosa, desenmascarar la mentira en la más absoluta soledad. El camino era incierto, éramos muy pocas en un principio, pero a medida que pasó el tiempo fuimos cada vez más, allí apareció ese emblema de los pañuelos blancos. Desde lejos parecían palomas de la paz. Fue un disparador para que el mundo se enterara de que algo estaba pasando, esas primeras madres coraje transmitieron el mensaje para todos aquellos que todavía tenían los ojos vendados, allí encontré el refugio que necesitaba. Es difícil ir por un camino que no nos ensucie la vida. No permitas que el dolor te haga pensar que no fuiste lo suficiente para limpiar y purificar tanta impunidad.

Mi niño perdido quiero recordarte que la vida nos enseña a aprovechar el tiempo perdido y el tiempo nos enseña a valorar la vida: esto no es un relato, esto es historia.

Sobre la autora

María Estela Di Mauro tiene 76 años y vive en Castelar, partido de Morón. Es artesana y le gusta escribir.
"Hoy es el sendero para que nuestra juventud no olvide nuestra historia".

Tiritando

Luis Eugenio Favero

Siete y diez de la mañana. Rostros adustos esperando la llegada del micro (denominación exclusivamente platense del ómnibus). Ya se acerca a la parada el 214 —¡el dosca!— repleto de gente. Los anteriores siguieron de largo pero este se detuvo. Soy el último en ascender y el chofer me recibe con un sonoro "¡Sucundum! Otro sucundum. ¡Vamos con el sucundum, señores!". La audiencia no responde pero todos sabemos a qué se refiere.

Aquel personaje clásico de la vida urbana de esta escena, encargado de transportar trabajadores, estudiantes, vendedores ambulantes con sus reiterados pregones, que cortaba el boleto, recibía el dinero y daba el "vuelto", que, al mismo tiempo, estaba atento a quienes descendían reflejados en un espejo, que sugería amablemente —o no— correrse para atrás así podían subir más pasajeros, había dado en la clave sociolingüística de la nueva conquista popular obtenida con no poco riesgo y esfuerzo: el boleto secundario. Aquel al que nosotros, sus beneficiarios adolescentes, con una media lengua entre adormecida y rebelde pronunciábamos, según la certera observación del chofer, "sucundum". Como aquel vocalizo onomatopéyico de la canción "Tiritando", del Nono Pugliese, que había hecho famosa el cantante Donald.

Fue en 1975, luego de varias solicitudes sin respuestas y dos marchas multitudinarias, que se obtuvo este beneficio cuyo costo inicial fue de un peso.

Yo concurrí a la primera de las dos marchas frente al Ministerio de Obras Públicas donde se encontraba la Secretaría de Transporte. Fuimos reprimidos luego de que se simulara la rotura de un vidrio por una piedra que nosotros nunca habíamos arrojado. La otra marcha, frente a la Municipalidad, también fue reprimida. Fue duro pero la victoria la obtuvimos nosotros, los "Sucundum".

Una lucha legítima llevada a cabo en democracia. No fue una victoria pírrica aunque sí trajo consecuencias trágicas al año siguiente. En 1976 se instaló en la Argentina la peor dictadura cívico-militar de su historia. Los primeros escarceos neoliberales, como el "rodrigazo", habían sido rechazados hasta con la primera huelga general realizada por la CGT a un gobierno peronista. Esto precipitó el asalto a la democracia de la oligarquía y su brazo armado militar. Las detenciones, muertes y desapariciones se habían convertido en moneda corriente y con más ensañamiento en ciudades universitarias como Córdoba, Bahía Blanca y La Plata. Muchos docentes fueron cesanteados por comunistas. Los pocos estudiantes que quedamos con un mínimo grado de militancia decidimos actuar. En mi colegio propusimos politizar la Fiesta de la Primavera en la que los de cuarto despedíamos a los de quinto. Para ello, me fue encomendado conectarme con los cantantes León Gieco y Lito Nebbia para darle más jerarquía al reclamo de restitución de nuestros docentes queridos. El primero de septiembre de 1976 me hice la "rata" para ir a la redacción de la revista dónde había leído sendas entrevistas a los artistas. A la vuelta, me enteré de que un pelotón de la SIDE me había ido a buscar al colegio junto a otros cuatro compañeros. Había comenzado "La Noche de los Lápices".

Sobre el autor

Luis Eugenio Favero tiene 66 años y vive en Berisso. Nació en La Plata y actualmente está jubilado. Es sobreviviente de "La noche de los lápices" y el circuito Camps. Es testigo en los juicios por crímenes de lesa humanidad.

Dalton

Emilce Fernández

¿A vos te parece?... la única foto y está así: con esas botellas delante de la cara, no sé qué reunión era, seguro fue en mi casa... algún cumpleaños, ni idea... alcanzame los lentes, vos que ves.

Era bravo *Luisito*, creía en... ¿cómo se dice? las utopías. Era vecino del barrio, venía a veces con una chica que le compraba cosas en la farmacia... esas de explotar. Yo le decía: "¿no te da miedo?"... en casa no se hablaba de política.

Ese verano con mi mamá nos fuimos a la costa y ellos se quedaron acá, preparando las materias y cuidando a la perrita y de paso estaban juntos. Él estudiaba medicina, ella psicología... ¿o era al revés?

Cuando regresamos... ¿viste cuando abrís una casa y hay un silencio como que hace mucho que no vive nadie? Al día siguiente fui a la panadería para hablar por teléfono a su trabajo, lo tenía anotado en la L: "hace varios días que no se presenta", me dijeron… ¿cómo varios días?... corté y llamé a la tía, me atendió así nomás: "la perrita está en mi casa, si la quiere véngala a buscar".

Ahora me doy cuenta: tendría miedo de que la escuchen, qué boba yo... La cuestión fue que fui a la casa y me contó que tenía familia en Paraguay y a ella la mandó para allá. Era... ¿cómo se dice? comunista, no... socialista ¡eso!

A los pocos días barriendo el patio encontré un papel que decía: "rajá *Luisito* que te busca la cana". Quedó la ropa y la libreta de la facultad, las quemamos por las dudas. Aunque ahora que lo pienso, la nota decía: "rajá Dalton" porque parece que así lo llamaban, para no saber su nombre. No sé, pasó mucho tiempo... se me mezcla todo.

A la abuela de Luis la llamé varias veces y no atendía. Un día me animé y fui a verla, medio de memoria. Quedaba en Rivadavia ahí cuando se cruza con... la avenida esa...cómo se llama... Bueno la cosa es que ella apenas se asomó a la puerta, abrió un poco más y vio a mi mamá, recién ahí nos hizo pasar.

Nos contó que se lo llevaron del banco, cuando salió a almorzar. Mucho después se dieron cuenta de que su auto estaba estacionado en la puerta, todo lleno de polvo. Le habían entrado a la casa, rompieron todo: la cama, el ventilador, arrancaron el *espar*… de pura maldad ¿o para qué si no? Quedaba ahí en Gerli, ¿viste donde la calle hace como un triángulo? Ahí... a veces paso en colectivo.

Mi mamá en esa época no podía ni hablar, se la pasaba llorando, había un auto siempre en la puerta de casa, por eso sacaron a la amiga del país, ella zafó.

Nunca más apareció, era bravo Luis, lindo muchacho. Quedó esta foto, no puedo creer que no esté. A veces me da miedo de olvidarme.

¿Encontraste los anteojos? así me concentro más y te sigo contando.

Sobre la autora

Emilce Fernández tiene 61 años y es de Lanús. Es psicoanalista y participa del espacio "Zurciendo el planeta" a través del cual

bordan el bosque de la esperanza y la bandera con el nombre de los treinta mil desaparecidos.
"En este relato cuento lo que me han contado para que quien lo lea pueda imaginar futuros más amables para el mundo que habitamos".

La caja

Silvia Galván

A los ochenta uno cree haberlo visto todo. Que la vida ya no sorprende, que la memoria alcanza para sostener lo vivido. Yo también lo creía. Hasta ese día.

La seño en sus manos, sostenía una caja con un cuidado extraño, como si pesara más de lo que parecía. La apoyó sobre el escritorio y el murmullo habitual se apagó. Algo en el ambiente cambió: el aire se volvió denso, expectante.

Comenzó a hablar.

Nombró a Muchacho. Un nombre común, pero cargado de historia. Hijo del patrón, estudiante de física. En 1978 desapareció. Sin aviso. Sin despedida. Sin explicación.

Su voz no se quebró, pero tembló apenas, como una tela que resiste el paso del tiempo.

Contó la búsqueda interminable: las noches sin dormir, las puertas cerradas, los caminos recorridos una y otra vez. Habló de sus padres, de su esposo Juan, que ya no sabía dónde preguntar. Recurrieron a un sacerdote, como si la fe pudiera abrir lo que el mundo había cerrado.

Mientras tanto, la vida seguía. Torcida, pero seguía. Su marido trabajaba en el tambo, dormía poco, y acompañaba al hombre que también buscaba, sosteniéndolo en esa intemperie sin respuestas.

En el aula, el silencio ya no era ausencia: era presencia. Un silencio lleno de nombres, de historias. Sentimos un nudo en la garganta. Como si algo antiguo hubiera despertado dentro de todos.

La seño, escribió en el pizarrón: "Los derechos humanos hoy".

Se dio vuelta y preguntó:

—¿Qué tiene que ver todo esto con ahora?

La pregunta quedó suspendida, como una puerta abierta. Empezó a unir tiempos. Habló de violencias actuales, de personas que aún desaparecen, de identidades que siguen buscándose. Dijo: "recordar no es quedarse en el pasado, sino impedir el olvido. Que la memoria no es algo quieto: es una forma de mirar el presente".

Volvió a la caja.

La abrió despacio.

Sacó una zapatilla. Pequeña, gastada, real. Dijo: "perteneció a un nieto recuperado".

Y algo se quebró.

No hizo ruido, pero se sintió. Un estremecimiento recorrió el aula. Un suspiro colectivo, profundo.

Marta habló desde su lugar:

—Aún me duele. Podría haber sido mi hijo.

El aula dejó de ser aula. Se volvió un espacio compartido, una herida abierta.

—No dejo de pensar en su mamá... —agregó.

Ahí nos encontramos. En las palabras, en los silencios, en lo que cada uno llevaba dentro

sin haberlo dicho.

Entendimos que la memoria no es solo recordar. Es dar lugar, nombrar, sostener.

Alguien dijo en voz baja:

—Traer el pasado no es quedarse en él... es decidir qué hacemos ahora.

La frase quedó flotando.

Esa noche, encendí la televisión. Otra noticia: otro caso de violencia, otro nombre, otra ausencia.

Entonces lo entendí.

La memoria no vive en los libros ni en los museos.

Late.

En nosotros. En cada mirada que no se aparta, en cada oído que no se cierra, en cada gesto que rechaza la indiferencia.

Porque recordar no es volver atrás.

Es elegir, una y otra vez, de qué lado estamos.

Sobre la autora

Silvia Galván tiene 61 años y es de Vedia, Leandro N. Alem. Es docente jubilada de educación primaria y actualmente directora de la Escuela Primaria de Adultos N° 701 "José Berrutti".
"La educación, la cultura y el compromiso con la comunidad fortalecen la identidad de los pueblos".

Los nadies

Luis Dardo González

Tres meses después del golpe militar reunirse ya era un riesgo.

Aquella tarde de junio nos encontramos a las cuatro en la casa de siempre. Llegamos de a uno: no convenía llamar la atención.

Antes de hablar nos pusimos de pie. Con respeto levantamos los dedos en "V" y dedicamos un minuto de silencio por Evita y Perón. Luego comenzaron las discusiones.

Desde hacía semanas corrían rumores: autos sin patente, compañeros "levantados" en otros barrios, preguntas demasiado curiosas de desconocidos. Cada uno contaba lo que había visto o escuchado.

—Déjense de joder —dijo *Besugo*—. En este barrio estamos seguros.

Pero nadie estaba tranquilo. Se sabía que en muchos lugares bastaba una denuncia cualquiera, una bronca, un encono personal, para que alguien terminara "desaparecido".

Llevábamos casi dos horas cuando *Mincho* propuso una pausa para aflojar la tensión.

—Che, este mate está lavado —dijo Flora.

En la cocina, *Laucha* cambiaba la yerba del mate. Vio por el ventanuco el descampado. Quedó pasmada.

Dos camionetas verdes avanzaban hacia el barrio. Soldados en las cajas. Ametralladoras sobresaliendo sobre las cabinas.

—¡Compañeros! ¡Viene el Ejército! Pararon en la casa del *Petiso*.

El *Petiso*, policía, nunca devolvía un saludo.

Miré apenas por la ventana y entendí todo.

—Salgan despacio y sin llamar la atención.

Nico quiso seguirme.

—Vos quedate —lo frené— a vos no te registran y a mí, si me agarran, soy boleta.

Corrí hacia el campo.

Al cruzar la calle vi algo que nunca olvidaré.

Varios vecinos estaban parados frente a sus casas, en silencio, como si miraran pasar un desfile invisible. Nadie me miraba directamente.

Ese silencio me protegía.

A los pocos metros, la noche cayó de golpe.

Entonces escuché el ladrido furioso de la *Chiquita*, mi perra. Duró apenas unos segundos.

Después, un disparo.

Y enseguida otros dos.

El silencio volvió como un golpe.

Seguí hasta el canal. Cerca, voces y pasos: soldados. Me tiré entre los pastos y contuve la respiración mientras el corazón me golpeaba el pecho.

Pasaron a pocos metros.

Más adelante crucé un puente viejo y llegué al camino. A lo lejos apareció un vehículo levantando barro. Pensé en hacer dedo, pero algo me detuvo. Me escondí entre unos cardos.

El vehículo se acercó. Era un Jeep militar.

Las luces barrieron el lugar buscando el puente. Sentí que el corazón me estallaba. Me arrastré hasta el canal y me metí en el agua, tratando de no hacer ruido. Me hundí hasta los ojos, dejando apenas la boca fuera para respirar.

El cuerpo me temblaba sin control.

Después de segundos que parecieron eternos, las luces se apagaron y el motor volvió a encenderse.

El Jeep partió...

Caminé hasta las primeras luces de la ciudad. Creía que todos me miraban acusadoramente.

Entonces recordé una frase leída alguna vez: "Todo espectador es un cobarde o un traidor".

Muchos de ellos, sin conocer nuestras razones, nos calificaban de una sola manera.

¡los nadies!

Y pensaban que, si vivíamos mal,

¡que nos jodiéramos!

Sobre el autor

Luis Dardo González tiene 79 años y es de Punta Lara, Ensenada.

Memoria de roble

Mónica Cristina González

—¿Viste lo que se comenta Marta? —le dijo la vecina a mi mamá, mientras tomaban unos mates. Era el festejo de sus 35 años, allá por junio de 1976.

—¿Sobre qué, Elvira? —se interesó mi madre.

—Sobre el padre Omar. Parece que al final era subversivo y por eso se lo llevaron los militares el año pasado.

—Algo escuché. La mujer del comisario Mattioli lo anda diciendo y la verdad, qué se yo... El padre parecía buena persona, eso nadie lo discute...

—¡Sí! Muy dado con la gente, sobre todo con los chicos. Me acuerdo que hacía visitas a los enfermos en el hospital, carreras de bicicleta, campamentos en la estancia El Deseado... Yo nunca había visto una cosa así en Urdampilleta.

Con diez años, yo ya había tenido el desagradable privilegio de estar en el momento del secuestro del cura a manos de los militares, pocos meses antes. Después, el silencio sobre el tema en casa, en el pueblo, había sido casi absoluto y no pude evitar sentir curiosidad por lo que mamá y la vecina conversaban esa tarde.

—Pero viste que eso de los campamentos era porque les enseñaba a cavar trincheras para entrenarlos como guerrilleros. Es lo que se anda diciendo —agregó Elvira.

Yo había tomado la comunión con Omar y esos campamentos eran para los jóvenes, pero nosotros, siendo más chicos, los vislumbrábamos con entusiasmo como algo que más adelante nos tocaría.

—Se dicen muchas cosas —generalizó mi madre— así que yo supongo que algunas deben ser ciertas. Para mí, por algo se lo llevaron, qué querés que te diga...

—Claro, vos estabas ahí ese día. Algo charlamos, pero nunca te pregunté bien —le tiró de la lengua Elvira.

—Sí, estaba con ellos —dijo mi mamá, mirándonos a mi hermano y a mí— ¡Flor de susto nos pegamos! Habíamos ido a ver una película en la casa parroquial y de pronto se cortó. Entraron unos soldados y nos ordenaron que saliéramos. Calladitos nos cruzamos a la plaza y vimos cómo subían al cura a un camión militar. Algunos padres y vecinos quisieron protestar y defenderlo pero los militares dijeron que tenían orden de detenerlo y punto. Fue justo un día antes de Cristo Rey, el 23 de noviembre del año pasado. Por eso se suspendió el coro y todos los festejos que iba a haber, ¿te acordás?

En ese momento llegaron más visitas y la conversación quedó trunca. Así que me tocó procesar como pude lo escuchado. Con el tiempo llegaron otras claridades. Se supieron otras cosas.

Desde hace veinte años, al pasar frente a la plaza principal del pueblo, aquella que fue testigo de su desaparición, se puede ver cómo crece fuerte un roble, y a su lado se lee: "En el surco de mi pueblo clavo raíces y me quedo. Eso es la Memoria. Omar Dinelli".

Sobre la autora

Mónica Cristina González tiene 60 años y es de Bolívar. Es docente jubilada, militante socio-ambiental en el Colectivo Tierra Viva

Bolívar e integrante del programa de radio-streaming llamado Saravá así como del espacio cultural que lleva el mismo nombre. "La Memoria necesita soportes para ser compartida y en ese sentido, los relatos son un medio privilegiado".

Hinojo, mayo 1976

Graciela Ester Gubinelli

Densas columnas de humo negro se elevaban al cielo como plegarias desesperadas.

Humberto, al doblar la esquina, creyó ingresar en la peor de sus pesadillas; la hostilidad se volvía intolerable. Los tambores retumbaban con sonidos profundos. Gritos, reclamos y pancartas exponían heridas hechas palabras. La huelga general comenzaba, la fábrica ya estaba tomada por los obreros. Como secretario del sindicato, él asumía una gran responsabilidad. Entró al edificio con un sombrío presentimiento. En el taller aún resonaba el eco de la producción, era necesario disimular. El golpe metálico de las herramientas flotaba en el ambiente. Todo parecía en orden. Nadie sospechaba lo que sucedería.

La puerta principal se abrió de golpe. Varios hombres armados con uniformes militares irrumpieron con violencia. El motor de las máquinas se apagó en seco, como si el taller contuviera la respiración.

—¡A este se lo llevan! —sentenció el gerente, señalándolo con un dedo firme y una mirada helada.

Humberto, se detuvo incrédulo. Algunos obreros lo rodearon en un intento instintivo de protección, otros, mudos, bajaron la cabeza.

Él recorrió la escena y en el silencio comprendió a todos. Caminó despacio, arrastrando su cuerpo enorme bajo un peso invisible. No bajó la mirada. El terrorismo de Estado se desplegaba ante ellos rompiendo la normalidad para siempre.

En la calle los gritos como un eco inevitable.

—¡Se los llevan! ¡Los militares se llevan a los obreros!

En las puertas de la fábrica los vecinos parecían disputarles cada cuerpo a las fuerzas represivas.

—¡Déjenlos, no cometieron ningún delito!

—¡Respeten al sindicato!

Se estaban llevando a nueve trabajadores.

Humberto avanzaba entre los detenidos empujado hacia los vehículos que ejecutarían el traslado. Alcanzó a gritar "¡Llamen a Moreno, llamen al abogado!".

Con las manos sobre la nuca su mirada se clavó en la de su hijo. El joven alertado por el tumulto, había corrido desde su casa cercana. Al cruzarse, su padre le dedicó una sonrisa pequeña, rota, un gesto forzado para transmitirle templanza, acompañado por un movimiento de cabeza que simulaba un "no pasa nada".

El motor del automóvil rugió con violencia, la comitiva comenzó a alejarse calle abajo, devorando la libertad de los obreros. El hijo permaneció inmóvil hasta el último instante, desolado.

La comunidad quedó en un estado de desesperación absoluta. Detrás de cada ventana se ahogaba un llanto. La esposa de Humberto permaneció devastada, con los ojos fijos en la esquina exacta donde se desvanecieron los camiones. En ese preciso momento, la familia comprendió que el terror de Estado les arrebataba la seguridad, la rutina y la certeza de que el hogar los protegería.

La fábrica, motor vital de la localidad, se transformaba en otro engranaje de la dictadura de 1976. Hinojo, aquel pacífico pueblo, enmudeció. La complicidad civil y la impunidad convirtieron el

territorio en un espacio de miedos compartidos, donde la vida podía desaparecer de un día para otro.

Humberto, mi padre, logró regresar, las secuelas del horror transformaron su vida para siempre.

Sobre la autora

Graciela Ester Gubinelli tiene 69 años y es de Olavarría.

Siete de abril de 1977

Sonia Hegen

Los vehículos frenan delante de la casa, los individuos encapuchados con armas golpean puertas y ventanas, rompiendo vidrios, irrumpiendo no sólo en el sueño sino también en la vida de la familia.

La niña se despierta cuando un desconocido le tapa la cara con una frazada y le ata las manos. El miedo y el desconcierto la paraliza, pero no deja de llamar a sus padres y hermanos. Debajo de la frazada un poco gastada percibe el peso de las armas que depositan al lado de ella mientras buscan a su padre a quien también atan.

Los gritos marcan en la noche el episodio dantesco, la familia es forzada a separarse apuntados por las armas y bruscamente tironeados, sin que nadie de los vecinos salga a ayudar, el miedo se instala y se va a quedar por un largo tiempo.

—¡No se muevan ni se asomen a la puerta! ¡Quédense quietos! —sin piedad golpean y rompen los muebles alrededor.

Sacan a los empujones y arrastran al padre mientras la madre contiene a los niños.

¿A dónde se llevan a su padre?

De prisa lo cargan en un Falcon y se suben al Jeep alejándose rápidamente, el silencio se los traga y el barrio vuelve a quedar dormido.

Suena la campana y ella junto a sus compañeros forman en el patio en el horario de entrada, la hermana superiora del colegio de monjas da los buenos días con la canción patria Aurora y la oración correspondiente.

Hoy comienza una nueva compañera. Nadie la conoce, dicen que es de Buenos Aires.

El cabello ensortijado y rebelde le cae por todos lados inclusive sobre los ojos, camina sonriente. Se observa diferente a todas, cejas finitas, los ojos maquillados y las pestañas con mucho rímel, lleva las uñas largas finamente pintadas y el guardapolvo arriba de las rodillas. El blazer le queda un poco grande, pero ella se mueve con confianza y desparpajo.

Se sienta sobre el pasillo y apoya sobre el banco sus únicos elementos para las clases, una carpeta y lapicera. Sacude su cabello, desde su perfil asoman sus torneadas pestañas y su sonrisa.

Nadie sabe de su familia, sus padres nunca se acercaron al colegio, ni sus hermanos, nadie. Ella está sola.

Hay compañeras que no simpatizan con ella porque va en contra de lo establecido, mostrando su aparente rebeldía y bronca por aquello que imponen desde algún lugar desconocido. En su mirada se descubre una gota de tristeza maquillada con el oscuro silencio de la niñez arrebatada.

Ella va a fumar a escondidas, no le importan las reglas.

Ella está triste y llora a solas. Nadie conoce su verdadera historia.

Ella es aquella niña debajo de la frazada.

Sobre la autora

Sonia Hegen tiene 62 años y vive en Carhué, Adolfo Alsina. Es jubilada y participa de un taller de escritura.

"Creo que contar historias es mantener viva la memoria, aun de los que ya no están".

La silenciosa resistencia

Griselda Isabel Killian

¡Fue todo tan rápido! Tan inesperado... Siento la misma sensación, mis pantalones mojados y mis ganas de llorar ahogadas.

Estábamos en casa, en esa casita pequeña. Vivíamos al fondo, había un pasillo largo.

Recuerdo que podía escuchar los pasos de papá desde que llegaba a esa puerta lejana. Yo sabía que era él. También recuerdo su cara... creo que la recuerdo, quiero recordarla.

Papá no reía mucho pero mamá sí. Él siempre parecía preocupado. Cuando llegaba de trabajar se ponía a escribir. Siempre escribía y cuando terminaba guardaba todo en el ropero. No sé si guardaba o escondía...

Tenía papeles grandes y algunos más chicos. A veces venían a buscar esos papeles. Eran unos compañeros de papá los que venían. No hablaban, sólo retiraban los paquetes. Con ellos, a veces se reía. A veces se reunían en casa y hablaban mucho a altas horas de la noche.

La palabra que yo podía escuchar desde mi habitación era "plan", pero no entendía, y claro, era muy pequeña para comprender...

En el barrio tenía amiguitos pero no muchos, el problema era que no me dejaban llevarlos a casa para tomar la leche juntos o mirar la tele. Mamá no quería y me decía: "No mi linda, papá

viene cansado a la tarde de la fábrica y tiene que seguir trabajando en casa".

Una noche hubo una reunión, esa vez vinieron varios hombres y algunas mujeres, estaban todos muy serios. A mí me mandaron a dormir después de cenar pero yo no podía cerrar mis ojos, presentía algo raro.

La calle donde vivía era muy larga, era una zona de fábricas de Avellaneda.

Esa noche de mayo hacía frío, lo recuerdo porque yo estaba tiritando (no sé si era por el frío o por el miedo).

¿Qué estaba pasando en el comedor? Todos hablaban bajito y aunque me esforzaba no entendía nada.

Cuando todos se fueron, sentí una sensación de alivio y no sé por qué fue así...

Mamá vino a mi cama a besarme, la agarré fuerte del cuello como para que no se fuera y quedarme con ella.

Mamá sintió mi temor y esa noche durmió conmigo.

Al día siguiente la llamaron del cole, yo tenía fiebre. Me vino a buscar y yo me sentí aliviada: algo en mi corazón me decía que había peligro.

Llegó el fin de semana y yo me había relajado. ¡Los tenía a los dos conmigo!

La noche del domingo fue terrible. Ellos miraban la tele, yo jugaba en el piso cuando de pronto todo se paralizó.

Se escucharon golpes en el pasillo, gritos de los otros departamentos y mis papis, rápidamente me escondieron en el ropero.

Los ruidos y los golpes ya los escuchaba adentro de casa, fue terrible lo que sentí: me hice pis encima, vomité y el terror me inundó el cuerpo y el alma.

La vida se hizo una pesadilla y la noche interminable.

Nunca más pude ver a mis papis. Nunca más pude reír como antes.

NUNCA MÁS!

Sobre la autora

Griselda Isabel Killian tiene 67 años y vive en Carmen de Areco. Participa del Taller Literario Municipal de Carmen de Areco. Hace radio e hizo TV por cable.
"El pasado gris de nuestra historia permanece en mis recuerdos ya que fui su testigo, y por sobre todas las cosas deseo que no se repita. La paz es mi objetivo".

Una paloma, dos veces

Félix Loiácono

Cecilia se dio cuenta de que al final era verdad. De que el rumor era algo más que eso. La gota de sangre en el brazo por la inyección le hizo olvidar todo por un momento. El dolor de cabeza y el ruido del avión la sumergía en una nube gris. Miró a los compañeros. Sobre todo, al *Turco*, a Julia y a *Susi*. Desde el primer día en que la encerraron hizo bastante buenas migas con ella. La amistad, en lo que se podía, en esa pesadilla de dos metros por uno cercana a River. Amistad en ese lugar que era una gota helada sobre la nuca.

Y ahora el avión.

El capitán Bernárdez habla a los gritos con el piloto. Lo sabe no porque los escuche, sino porque los ve entre el peso del cerebro que le late a mansalva.

Sí, con *Susi* llegaron a hablar de música, de la facultad, de la infancia. Cecilia le contó de Banfield, de la calle de tierra y de su hermana Olga. De cómo jugaban a imitar a los de *Música en libertad* y al carnaval.

Y también que su abuela les había dicho que cuando "ves dos veces una paloma blanca en el mismo día, es que un ángel entró al cielo".

Cecilia se mira los pies sucios. Mueve las manos, aunque las tenga atadas. Piensa en Olga, en su casi hermana melliza nacida dos años después que ella. En la primaria y en el miedo disfrazado

de ansiedad de la secundaria. En los novios que no llegaron, en la primera vez que fueron a la plaza. Siempre juntas.

El avión se mueve. Pareciera que dobla, sube y baja abruptamente. Los cuerpos del *Turco*, de Julia y la *Susi* se chocan entre sí. Más allá otro compañero tose y un hilo de saliva le cuelga de la herida del labio.

Cecilia se acuerda de lo que le habían dicho, que se cuide, que la mano venía pesada. Pero los yuyos no saben de muros, ni de perros meándoles encima. Se meten por grietas y quiebran paredes y florecen, hasta que algo los arranca y los arroja al fuego.

El capitán Bernárdez se acerca a la compuerta del avión y la abre. Por ahí deben saltar los paracaidistas, piensa Cecilia. Pero no hay paracaidistas. El viento helado llena el avión. Por un costado, se ve el Río de la Plata. El milico grita algo, y junto a un ayudante agarran al *Turco* lo hacen parar al borde de la compuerta y lo empujan.

Cecilia abre los ojos hasta el infinito. El corazón es un galope de llanto. Después la empujan a Julia. La garganta de Cecilia se ahorca de gritos. Después *Susi*. El ruido del avión es ahora el de un millón de motores en las sienes de Cecilia. Bernárdez la mira. Se acerca.

Mientras tanto, el sol cae en las calles de tierra de Banfield.

Olga ve por segunda vez en el día una paloma blanca.

Sobre el autor

Félix Loiácono tiene 64 años y es de Piñeiro, Avellaneda. Es docente jubilado, escritor, cuentacuentos y murguero. Forma parte de la Murga *Los Viejitos Delirantes* (Centro de jubilados UHOM de Avellaneda) y de *Garufa* de Constitución.
"La memoria es la mejor maestra para no repetir errores. Los adultos mayores, tenemos que agitar esa bandera siempre".

1976

Oscar Marful

Con un violento temporal acaba de despedirse este febrero bisiesto, dejando un sinfín de zonas inundadas en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires.

Hasta los desagües de la mismísima Casa Rosada son rebasados por el torrente, dejando a la entrada principal cubierta de líquidos cloacales. Finalmente gracias al accionar del personal de maestranza —sin más armas que unos pocos secadores de piso— se logra impedir que la suciedad llegue a los despachos de las máximas autoridades del país.

Después del diluvio, la gente sigue festejando el carnaval. En los corsos barriales las murgas entonan estribillos picarescos y las familias aún conservan la costumbre de disfrazar a sus hijos.

Más tarde, el público se vuelca masivamente a los "8 grandes bailes 8" en los distintos clubes de Buenos Aires. En San Lorenzo, actúan en una misma noche Roberto Goyeneche y Cacho Castaña y en el Club Vélez Sarsfield, canta Sandro.

Benito Quinquela Martín, cumple 86 años en su humilde casa de La Boca. Charly García graba su disco *La máquina de hacer pájaros*, mientras que el libro más vendido en la Argentina se titula *Miedo a volar*, de Erica Jong.

Dieguito Maradona sueña con debutar en la primera de Argentinos Juniors y Leonardo Favio dirige a Carlos Monzón en la película *Soñar Soñar*.

El PRODE sigue batiendo récord de recaudaciones y acaba de salir a la venta el Torino Grand Routier, "orgullosamente argentino".

El Instituto Pasteur informa que se registraron seis casos de rabia humana, a raíz de lo cual, se recomienda a la población que denuncie la presencia de animales callejeros. Al mismo tiempo en la calle, existe la sensación de que "algo" va a ocurrir de un momento a otro, y una de las frases más repetidas es que "en la Argentina la democracia no funciona".

Ringo Bonavena se prepara para enfrentar en Reno al estadounidense Ernie Shave. El escritor Manuel Puig termina de escribir *El beso de la mujer araña* y el embajador estadounidense, luego de hablar con jefes militares y algunos sindicalistas, informa a su Secretario de Estado, Henry Kissinger, que el golpe militar en la Argentina continúa su marcha.

Con gran éxito en el Cine Metro, sigue la exhibición del film de Francis Ford Cóppola, *El Padrino II*, mientras que en el Cine Beta, continúa batiendo récords, la película *Terremoto*, con el novedoso sonido "Sensurround".

El país se encuentra en Estado de Emergencia Económica y se espera con ansiedad la palabra del Ministro de Economía, Emilio Mondelli, mientras se estrena el espectáculo revisteril *Los verdes están en el Maipo*, con la actuación de Alberto Olmedo, Jorge Porcel y Ethel Rojo.

Al llegar la medianoche los canales cierran su transmisión:

Canal 7 pone en el aire un espacio llamado *La paz sea con vosotros*. Canal 13 emite *Un momento de meditación*. Canal 9 ofrece a la audiencia *Dios con nosotros*. Y Canal 11 termina su programación con *Tres minutos con Dios*.

¿Te acordás? Hace cincuenta años empezaba la noche más cruel.

Sobre el autor

Oscar Marful tiene 72 años y vive en Ciudad Jardín, El Palomar, Tres de Febrero. Coordina talleres de escritura.
"Creo en la escritura como una herramienta fundamental para mantener viva la memoria".

Campeona de la payana

Magaly Mascardi

La felicidad eran los recreos en el patio de la escuela. Tenía letra fea. En manualidades tejía torcido el macetero de yute y el punto santa clara. Los porta lápices con caracú eran fáciles y útiles. Campeona de la payana. Con piedras. Con dados. O con rebote de pelotita paleta. Invencible en salto a la soga. Hasta llegar al ají picante o cantar cincuenta veces la reina de los mares. En la agarradita el único que me atrapaba era el chico que me gustaba. Agarradita de la mano o la cintura hasta el otro lado del patio. Enseguida me escapaba para salvar compañeros. El chico que me gustaba corría otra vez.

Mi papá madrugaba y puteaba. Fumaba y escuchaba la radio con el mapamundi. Sabía que yo sabía que tenía pesadillas. La pesadilla de que entraban a casa y se los llevaban. Me desperté la noche que quemaron las fotos y los libros. Cómo iban a romper los discos que escuchábamos en el combinado nuevo. Nunca me habían dicho "callate". La noche que entraron estábamos en pijamas. Revisaron mi portafolio de cuero negro con las carpetas y el manual de séptimo grado. A mi papá lo hicieron vestir. Me tiré al piso y le abracé los pies para que no pudiera caminar sin arrastrarme.

Cuando vi la mancha de sangre me asusté. Más roja parecía la vergüenza. O colorada. La primera vez que me salió sangre de adentro. Mi cuerpo era un país de miedo.

Empecé a odiar la escuela. Tomar distancia. Las medias azules hasta el ruedo del delantal. El pelo atado bien tirante. El dedo del preceptor, medida del corte, para que no toque el cuello de la camisa. El preámbulo de la Constitución argentina recitado de memoria. Instrucción Cívica nunca llegaba al artículo 14 y, menos que menos, al 14 bis.

Todavía dicen que acá no pasaba nada. Pero acá los camiones recorrieron las avenidas y los barrios. A disposición del PEN, no era una lapicera en inglés. Los chupados dejaron de ser borrachos. Acá aplaudieron con fervor patrio los redoblantes que hicieron marchar los carnavales.

Fiebre de sábado por la noche. Acá esos no entraban al boliche, ni perfumados, ni bien vestidos. *Stayin' alive*. Acá los cazaban como mariposas de noche. Después del paseo los tiraban en la cuneta. El orejudo no era un duende. Acá los chacareros lloraron la tierra. La fábrica hizo silencio y telarañas. Acá un cura dijo que el rock era el demonio. Acá solo levantaron la voz para gritar los goles. La mamá de Gerardo espera con la última carta desde el crucero. Acá un vecino respetable con bigotes fue informante desde la mesa del café. Acá en el pueblo tranquilo donde no pasaba nada y dicen que nos conocemos todos había que salir con documentos. Por las dudas.

En ese pueblo donde todavía algunos dicen que no pasaba nada. La campeona de la payana plantó las piedras en una maceta. Como semillas. Para enseñarle a jugar a los nietos.

Sobre la autora

Magaly Mascardi tiene 60 años y es de Colón. Trabajadora de la educación, baila tango y hace natación.
"La dignidad y la felicidad se construyen y sostienen con otros en comunidad".

La casita de Evita

Mirtha Ninfa Mercao

Había una vez una niña que creció entre ausencias.

Su infancia no fue como la de otros. A sus padres se los llevó la dictadura, la noche más oscura los arrancó de su vida, convertidos en nombres que nadie se atrevía a decir en voz alta. Desde entonces, su mundo quedó hecho de sombras, preguntas sin respuesta y un silencio que lo ocupaba todo.

En la calle, en la escuela, aprendió que había cosas de las que no se hablaba. Lo más duro no era solo la falta, sino la mirada de los demás, como si ella también fuese culpable.

Y tenían razón en algo.

Era semilla.

Pero no de culpa.

Cuando era pequeña, encontraba una forma de escapar. Dibujaba siempre lo mismo: una casita con techo a dos aguas, una chimenea, una puerta y una ventana. Dentro, una nena sentada. Al lado, un árbol, una tranquera, las nubes y el sol.

Ese dibujo era su mundo.

Ella quería entrar ahí. Sentía que en esa casita iba a estar a salvo.

Pero siempre llegaba el mismo momento: entendía que no podía entrar. Entonces aparecía la decepción. La certeza de que ese lugar seguro no existía en la realidad.

Le enseñaron a ocultarse. A no decir quién era. A hacerse invisible para sobrevivir.

Y lo hizo.

Creció escondida detrás de palabras que no decían del todo, inventándose un refugio donde nada dolía tanto.

Pasaron los años y esa niña se convirtió en mujer. Pero nunca dejó de sentirse distinta.

Hasta que un día entendió.

Entendió que en su sangre seguían vivos ellos. Que en su forma de mirar el mundo, de indignarse y de soñar con algo más justo, estaban sus padres.

Que también tenía ideas que incomodan, que cuestionan y buscan transformar.

Ideas que alguna vez quisieron desaparecer.

Entonces algo se rompió.

O tal vez algo se abrió.

Ya no quiso esconder su historia ni su nombre. Porque entendió que no heredaba sólo dolor, sino también fuerza, memoria y lucha.

Y volvió a pensar en esa casita.

Pero esta vez la miró distinto.

Entendió que no era un lugar para esconderse sola.

Que esa casita tenía que tener la puerta abierta.

Que adentro no podía haber una sola nena en silencio, sino muchas voces, muchas historias, muchos nombres.

Entonces empezó a construirla.

No con lápices, sino con palabras, memoria y otros.

Y en esa construcción dejó de estar sola.

Hoy todavía hay días en que el miedo vuelve, en que el silencio intenta imponerse.

Pero ya no es invisible.

Ahora es parte de algo más grande.

Y en cada paso que da, en cada historia que nombra, en cada lucha que abraza, esa casita deja de ser un dibujo.

Y se vuelve refugio.

Se vuelve encuentro.

Se vuelve memoria viva.

Porque hay cosas que quisieron desaparecer.

Pero no pudieron.

Sobre la autora

Mirtha Ninfa Mercao tiene 85 años y vive en Ensenada.

Alejandra

Blanca Fátima Nachar

Año 1976, tenía 12 años, prematuramente ingresando al secundario, esto venía de arrastre del preescolar. La política y la economía me eran ajenas, comenzaba mis estudios secundarios sintiéndome ante el inicio de una importante y gran etapa en mi vida, por lógica conocer gente nueva. Así, entre otras personas conocí a quien sería mi mejor amiga, *Ale* como la llamábamos.

Por circunstancias de la vida, era hija de padres separados. Con su mamá y dos hermanas vivían en un departamento alquilado de la calle Jean Jaures, en el barrio del Once, procedentes de Haedo donde *Ale* había vivido desde siempre.

Su papá era sindicalista en Gas del Estado, no se relacionaban desde la separación del matrimonio, los hijos a veces toman partido, ella apoyaba a su mamá. *Ale* cumplía años el 16 de julio, era algo mayor que yo. En secreto organizábamos todo para un humilde festejo sorpresa. Coincidente con la época invernal, mi familia, había accedido a que la invitásemos a vacacionar con nosotros, todo era alegría y entusiasmo extremo. Sin embargo, el programa tendría destino de tragedia. En la madrugada nefasta del 1 de julio fue que irrumpieron en su casa una cantidad de uniformados de forma violenta, armados, derribando la puerta de entrada, dispensando un trato igual de violento y prepotente que el de la intrusión. Destrozaron las cosas materiales y la armonía familiar, "sus vidas estaban allí".

En adelante nada fue igual, las tres niñas y su madre despertaron sobresaltadas, entre sollozos, asustadas, las cuatro se confundieron en un fuerte abrazo, que no pudo evitar que delante sus ojos impávidos, ante el asombro de la brutalidad monstruosa, esos violentos arrancaran a su hermana más pequeña de los brazos de su progenitora y ante un desconsuelo inimaginable la llevaron y la desaparecieron. Tenía tan sólo 3 añitos, en vano resultó todo lo que hicieron su madre y hermanas por recuperarla, nunca supieron de ella.

Aún tengo grabado un vívido recuerdo, cuando al día siguiente de esos hechos estando en el Liceo, en el aula, en hora de matemáticas, me retira la preceptora con destino a rectoría. Allí suena el teléfono de línea, lo que había en esa época, se hizo un silencio insoportable, luego me regresaron al aula sin siquiera, hasta el día de hoy, supiese para qué me habían convocado. Comenzamos a notar caras serias, asustadas, preocupadas, y obviamente el pupitre de *Ale* vacío. Los pocos rumores que llegaban iban dando forma a la triste realidad. Nadie respondía sobre su ausencia; parafraseando a quien vilmente otrora dijera "...el desparecido no está, ni vivo ni muerto...", frase que amargamente se grabó en nuestra memoria marcando el tiempo que se vivía. Luego supimos que su papá había desaparecido el mismo día.

Esa niña pudo ser cualquiera, aún conservo mi ilusión de estudiante de volverlas a ver. La justicia no podrá reparar nunca tanto horror padecido. Pero en todo caso, muchos aún conservamos la memoria para que "nunca más" sea realmente "nunca más".

Sobre la autora

Blanca Fátima Nachar tiene 64 años y vive en Las Toninas, Partido de La Costa. Es Abogada, Mediadora y Consultora Psicológica. Está jubilada y participa del Centro de Jubilados de su ciudad. "La Memoria para mí ayuda a pensar en el futuro. Nunca olvidar".

El diccionario de la sombra

María Élida Nazar

Yo sé esa angustia.

No el miedo a lo que acecha en el rincón. El vértigo absoluto ante la posibilidad de que nada tenga sentido. Que las palabras dejen de significar lo que debieran.

Hace cincuenta años miramos el abismo. Trenque Lauquen, 22 de julio de 1977. Mi padre volvía de trabajar. La noche, de pronto, fue helada.

Vacío. Miedo. Preguntas. Búsqueda. Espera.

Peligro, peligro, peligro.

Leo y veo cómo se repite el mismo vaciamiento.

Nombrar con precisión es lo único que impide que el horror vuelva a esconderse en el silencio.

La mano armada del Estado no sólo secuestró cuerpos. Secuestró el lenguaje. Incautó los sentidos. El secuestro fue "procedimiento", la muerte, "traslado". El asesinato sistemático, "lucha". No hubo solo un crimen físico. Hubo un lingüicidio. La distancia entre el nombre y la cosa se volvió una fosa común.

Don Juan Ramón Nazar dio testimonio. Tanto como le fue posible para que la búsqueda de Verdad y Justicia, y el ejercicio del "deber de Memoria" se transformen en un legado intangible de persistencia a perpetuidad. Dejó constancia de que quien lo visitó vestido con sotana era Christian Von Wernich.

¿Qué hacía un sacerdote en un lugar clandestino de detención?

El silencio dejó de ser una pausa. Se convirtió en una pared.

Hoy, a medio siglo, el peligro no es el olvido. Es la polisemia perversa. Un genocidio se compara con otra violencia como si fueran lo mismo. La memoria se vuelve completa para incluir a los verdugos. La buena conducta de un cura condenado a perpetua se presenta como argumento para su libertad.

Me niego. Me niego a que las palabras que nos cuidan se vuelvan vasijas vacías que cualquiera puede ocupar con significados de ocasión.

Por las muertes. Por la destrucción de la capacidad de pensamiento propio. Por un proyecto económico y social hecho pedazos. Por la hondura ausente al sostener lo democrático.

Nombrar con precisión es lo único que impide que el horror vuelva a esconderse en el silencio.

Caminar la sombra es parte de ser humano. Pero perder el nombre de lo que hay en ella es el verdadero naufragio.

Por eso me opongo.

Por eso "Nunca Más", pero en serio.

Porque si olvidamos el significado de lo que pasó, volverá a pasar.

Sobre la autora

María Élida Nazar tiene 64 años y es de Trenque Lauquen. Es profesora de Letras y ex directora de un diario y una radio. Escribe e investiga sobre la historia de su comunidad. Actualmente vive en Tandil.

"Cada persona mayor guarda una parte de la memoria colectiva y compartirla es una forma de dejar una luz para quienes vienen detrás".

Ausencia

Laura Nores

Cuando vendiste las pulseras que te quedaban sobre el paño, decidiste volver a Caseros. En la plaza Flores había mucha gente por la celebración de San José. Vendiste bien. Llevabas un fajito en el bolsillo. El *Negro* y *Riky* no aparecieron. No te molestó. Se encontrarían en el colegio y podrían hacer los números.

Subiste al 53 y te apretujaste en un asiento del fondo. Durante el viaje, fue anocheciendo ese cielo espléndido de casi otoño, de día cálido. Al llegar a la esquina de tu casa viste que varias mujeres, en la vereda, hablaban con tu madre, que estaba en la ventana del dormitorio. Al acercarte, reconociste a las madres de *Riky* y el *Negro*. Llorosas, se te acercaron preguntándote qué sabías, si los habías visto, si sabías por qué se los llevaron...

Un rayo te fulminó. Te partió la vida en dos: hasta hoy y después de hoy.

Negaste, negaste, negaste. No habían estado juntos y no tenías idea sobre quién pudo llevárselos. ¿Se los habían llevado? ¿A dónde? ¿Quiénes? ¿Qué sabías vos, a los dieciocho años, que alguien podía "ser llevado" por ser delegado de curso de la JP en el colegio industrial? ¿Qué cuestiones más allá de la organización de asambleas y repartir volantes y mirar a las pibas del PC serían tan graves?

Ardió esa noche la línea telefónica. Los febriles llamados develaron que no eran el *Negro* y *Riky* los únicos delegados que habían sido sacados por la fuerza de la reunión que celebraban en el galpón del ferrocarril. Los pibes de quinto y sexto año tampoco habían vuelto.

Una voz interior te ordenó que te retiraras. Pusiste ropa en un bolso, tu fajito, tu campera y te despediste sin llantos de tu madre. Besaste a tu hermanita y saliste a la noche. Caminaste hasta la ruta. Hiciste dedo. Paró un camionero que iba a Misiones. Viajaron durante dos días. En Puerto Iguazú cruzaste a Brasil. Y no volviste.

Tu madre quemó tus libros y tu colección de la revista *Humor*. Tu hermanita te esperó, por meses, cada sábado.

Supe de tu historia casi cincuenta años más tarde, cuando volvimos a vernos para no separarnos más.

Sobre la autora

Laura Nores tiene 71 años y vive en Caseros, Tres de Febrero. Es docente jubilada y escribe novelas policiales. Es activista por los Derechos Humanos de las Personas Mayores en un Movimiento Federal de Vejeces.
"La Literatura, en nuestras voces reales, sostiene la Memoria colectiva, generosamente, hacia el futuro".

El quinto plato

Fernando Pablo Party

En mi casa éramos cinco.

Después fuimos cuatro.

En la mesa siguieron apareciendo cinco platos.

Yo tenía once años cuando la radio empezó a hablar distinto. Desde marzo de 1976, los locutores empezaron a hablar como si estuvieran leyendo órdenes. Mi viejo la dejaba encendida durante la cena, en volumen bajo.

—Hay que escuchar los comunicados —decía, con una seriedad reservada para las noticias.

Vivíamos en Necochea, cerca del Cine París. Los sábados a la tarde, el viento del mar traía olor a salitre que se mezclaba con la comida de mi vieja. Ella servía despacio. Mi hermano mayor se sentaba entre mi viejo y yo. Siempre llegaba último. Arrastraba la silla para hacerse notar; un chirrido de madera contra el piso que mi madre reprochaba. Él se reía.

—La madera también tiene derecho a hablar —decía, guiñándome un ojo.

Discutía de política, de fútbol, de libros que nadie más había leído. Cuando quería remarcar algo, golpeaba la mesa con la palma abierta y se quedaba mirándonos, esperando una respuesta.

Fue él quien me enseñó a leer de verdad. En su pieza, entre libros viejos. Decía que las historias estaban ahí para aprender a mirar el mundo de otra manera. Me pasaba los libros como si fueran un secreto.

Recuerdo una tarde en el Cine París, una de esas películas en blanco y negro que te dejan callado.

Al salir, con el sol cayendo sobre la avenida, me dijo:

—Por eso hay que aprender a leer entre líneas.

Una noche golpearon la puerta: nudillos secos, precisos.

Mi hermano se levantó antes que nadie.

—Ya vuelvo —dijo, con una sonrisa forzada.

Yo miré su plato.

El guiso todavía humeaba.

Desde la calle llegó el ruido de un motor que se alejaba. En la radio anunciaron un nuevo comunicado militar. Mi vieja se quedó de pie, con la cuchara en la mano. Mi viejo no levantó la vista del plato. Las lágrimas le rodaron por las mejillas sin que él hiciera nada por detenerlas.

Mi hermano no volvió.

Al día siguiente, mi vieja puso cinco platos. Nadie dijo nada.

Durante meses siguió sirviendo cinco platos.

A veces retiraba uno antes de que nos sentáramos.

Otras, el plato quedaba ahí toda la cena, enfriándose.

En la casa se empezó a hablar menos. Mi viejo cortaba el pan con una concentración exagerada.

Yo miraba la silla vacía y trataba de recordar el ruido que hacía al arrastrarse.

Empecé a leer sus libros. Algunos tenían papeles doblados entre las páginas: señales para un después que no llegó.

Al hojearlos encontraba sus marcas en los márgenes, palabras subrayadas que ya nunca me iba a explicar.

La silla quedó en su lugar.

En la mesa, siempre, cinco platos.

Sobre el autor

Fernando Pablo Party tiene 61 años y es de Necochea.

Sigo sin poder comprender

Rafael Restaino

Un nombre. Querían tan sólo un nombre. A los gritos entre un espeso olor a carne quemada, a orín y a excremento pedían un nombre. Yo sólo podía decirles que sentí desde muy joven adentro mío un bullicio de sangre que pugnaba por desbordarse, de sangre que venía de lejos llena de esperanza, de entusiasmo. Que eso fue lo que me pasó. Lo dije una y otra vez con voz entrecortada, balbuceante por la sequedad de mi boca y los dolores. Repito, lo decía sin que pudieran creerme y, mucho menos, comprenderme.

¿Qué pensaba en ese aciago momento? Sólo pensaba en lo rápido que había sido todo. Cómo irrumpieron fuerzas conjuntas de militares y policías en mi casa, ubicada en el barrio ferroviario de Pergamino. Cómo a los golpes e insultos me llevaron a la Comisaría Primera y de allí, encapuchado en el baúl de un automóvil, a una dependencia de la Brigada de Investigaciones de San Nicolás, como lo supe tiempo después. Pensaba y pensaba en esa acción. No podía pensar en mucho más. Lo impedían los golpes, los gritos, las amenazas de todo tipo.

"¡Un nombre, sólo un nombre!", insistían como si dando un nombre pudiera entregarles al culpable de que hubiese podido escuchar las palabras de amor, de belleza, de gracia que me nutrieron.

"Un nombre, decinos sólo un nombre y te vas", repetía como un mantra el que hacía de bueno, mientras el otro descansaba de su arduo trabajo de destrozarme las carnes. Ninguno de los dos podían creer que de manera espontánea les confesara una y otra vez que, sin esfuerzo alguno, desde mis más tiernos años sentí que debía trabajar para ordenar las brújulas sin norte, los amores sin objetos, restaurar heridas...y, por lo tanto, dirigirme sin dudar hacia el hombre nuevo, cambiar el mundo... en una palabra.

Que me callara, que dejara de mentir, y aseguraban a los gritos: "¡Sos un metabomba! ¡Un asesino!".

No lo podían entender y los comprendo. No podían de ninguna manera entender esos asuntos de la vida misma. Cómo iban a poder entender si estaban preparados para arrancar uñas, quemar los cuerpos, violarlos y hacerlos, impiadosamente, desaparecer. Aberraciones que no entran en ninguna razón porque no se puede explicar desde la razón que soldados de la Patria, que hombres con esposas e hijos hicieran lo que hicieron.

Voy a ser reiterativo, sobre todo en estos momentos en los que se cumplen cincuenta años de aquellos horrendos días, diciendo que sigo sin poder comprender. Me es completamente imposible hasta el día de hoy poder hacer consciente lo que es capaz de hacer un hombre a otro hombre. Y me cuesta mucho más aún poder comprender que sigan estando presentes por estos días muchas, pero muchas personas como la de aquellos años dispuestas a condenar y reprimir a esos jóvenes que quieren entregar solidarios, comprensivos y fraternos lo que les ha sido donado.

Sobre el autor

Rafael Restaino tiene 75 años y vive en Pergamino. Nació en Moquehuá, es docente. Ha publicado libros de poesía y ficción de historia regional.

“No se puede comprender aquello que no entra cómodamente en nuestro corazón”.

En un potrero siempre sale el sol

Rody Rodríguez

Con *Pili* Ferreyra soñábamos con formar un equipo competitivo.

En 1975, cuando cursábamos primer año en el "Echeverría" de Hurlingham, armamos The Crothos Football Club. El nombre era el único rasgo de ingenio de ese equipo que daba lástima en las canchas de Puerta 1 de Campo de Mayo.

En marzo de 1976, ya en segundo año, vimos con alegría cómo se sumaron al curso una decena de pibes, y a medida que ingresaban descubríamos de qué jugaban. Lo hacíamos por apellido y aspecto. Era un ejercicio fantástico. Por ejemplo, llegó Juan Carlos Mansilla y supimos que teníamos el número 8, porque caminaba, se peinaba y tenía nombre de volante y no nos equivocamos: era un *Jota Jota* López.

El caso de Eduardo Coco fue diferente. Venía de México y en las primeras charlas hablaba de béisbol y decía que en fútbol era ¡punta de lanza! Eso nos generó desconfianza pero... "es grandote, puede servir para marcar y cabecear", aventuró *Pili* y lo anotamos.

Uno de los descartados, Claudio Jabornisky, insistió en jugar y no le pudimos decir que no, pero era obvio que no sabía pegarle a la pelota, no tenía apellido de jugador y era demasiado buen alumno.

Nos equivocamos fiero. Coco era un delantero increíble, era un Kempes. Y Jabornisky era un volante central virtuoso, como Marangoni. El modelo 76 era un equipo en serio. Nos cambiamos

el nombre, le pusimos Hispano, como un club que conocí en Río Gallegos.

El 24 de marzo de 1976 los militares derrocaron a Isabelita. El día del golpe no hubo clases.

Aprovechando el "feriado" fuimos a entrenar a Campo de Mayo. Apenas llegamos un grupo de soldados nos sacó corriendo. No éramos conscientes del momento.

Compramos camisetas rojiblancas, las únicas disponibles en la casa de deportes conocida como "Fallita". Finalmente el 3 de abril Hispano debutó contra Real Hurlingham, eran "pibes grandes" de 16 años, mientras que ninguno de nosotros superaba los 14. Ganamos 7 a 1.

Al tiempo nació la idea de hacer una revista: *Hispano Informa*, donde calificábamos a cada jugador y comentábamos el partido. Eran cuatro hojas oficio dobladas al medio escritas en la Olivetti de Aroldo, con títulos dibujados o con Letraset.

No hacíamos copias, era una sola revista que alquilábamos a los pibes, familiares y amigos.

Hubo ediciones alquiladas a más de 50 personas. El éxito editorial nos permitió comprar una pelota Pintier.

Hispano jugó hasta los inicios del nuevo siglo. Nunca ganamos un campeonato.

A la mayoría, el 24 de marzo les pasó desapercibido, hubo quién festejó tener una materia

menos (ERSA), luego, algunos padecieron el exilio, otros sufrieron la desaparición de familiares, varios soportamos persecución y censura. Fuimos la generación Malvinas, algunos jugadores de Hispano fueron a la guerra. Perdimos compañeros.

Fueron años oscuros pero en un potrero siempre sale el sol.

El fútbol fue la trinchera que nos alejó del miedo y nos permitió encontrar la libertad.

En un potrero hay magia, no hay tristezas, no hay terror.

Sobre el autor

Rody Rodríguez tiene 63 años y vive en la localidad de Hurlingham. Es periodista. Participó de medios dedicados a la recuperación de la identidad local. Le gusta descubrir y escribir sobre historias de nuestra historia.

La carta que no será leída

Edith Sáenz

Querida Norita:
Siempre pensé que había sido mi mamá la que instaló en mí, ese mandato "tenés que ser tolerante". Caló hondo, lo puse en práctica. Hizo estragos.

Norita, de a poco fui entendiendo tu determinación en la vida. Pasaron años, se discutieron los procederes ajenos, pero llegó el momento de aceptar, reivindicar y rendirles homenaje.

En el año 1971, mis padres me enviaron por correo al Sur, donde empezaba a formar mi familia, un casete donde me saludaban ustedes, las chicas. Y entre ellas, vos Norita ¿Te acordás?

Lo había escuchado en ese entonces con mucha emoción. También en el envío estaban las fotos en blanco y negro de ese encuentro en el patio de mi casa en La Plata. Hasta el *Flaco* Carlitos estaba en una foto hablando con el micrófono en la mano.

Nori, siempre quise saber si alguien de la familia los buscó, qué había pasado con vos y con el *Flaco* desde 1980 cuando ya no llamaron más por teléfono.

Una noche entré en Google (en otra carta te explico) escribí tu nombre una vez más, aparecieron datos ya conocidos, algunos errados, pero me llamó la atención una nota en el diario de tu pueblo, Trenque Lauquen, donde te nombraban. A vos, a Susana y a Alicia. Fue una conmoción para mí. Reaccioné enviando por

mail al periodista que firmaba, un poema que te había escrito alguna vez.

Dos días después, sonaba el teléfono en casa. Una voz tímida y suave preguntaba por mí. Era tu prima. El poema había sido publicado en el diario. A partir de ese día conocí a tus primos, a tu sobrina, a Selva y a tu hijo, Nori ¡A tu hijo conocí! Es igual a Carlitos, se para igual, tiene las mismas entradas en la frente que el *Flaco*. Tenés dos nietas, amiga. (en la próxima te cuento más) Intercambiamos datos, fotos. Tratamos de unir informaciones, hicimos conjeturas, nos contamos historias.

Fue en esos tiempos que volví a aquel casete que me habían enviado. Lo había guardado durante muchos años y tenía un radiograbador que funcionaba. La conmoción apenas me permitía escuchar. Muchos de los que me saludaron en aquel momento ya no estaban. Pero tu saludo fue diferente. Con voz suave, íntima, amorosa, dabas consejos a la recién casada y entre otras cosas me decías: "tené tolerancia flaquita, tolerancia, porque…".

La revelación de dónde provenía aquel mandato me hizo mucha gracia y hasta pegué un grito mientras lo escuchaba con una emoción incontenible.

Era tu personalidad dar consejos, consolar. Como si fueras nuestra madre.

Luego el casete circuló. Lo escucharon Juan Carlos, Susanita, Selva, tus primas y primos.

Teníamos el color de tu voz y la del *Flaco*. ¿Sabés lo que eso significa?

Cada 24 de marzo marchamos con sus nombres y sus fotos.

Jóvenes, mirando a una cámara que los sorprendió sonriendo. Fijos en el tiempo.

En la memoria.

NORA LARRUBIA

SUSANA LARRUBIA
ALICIA CABRERA
CARLOS KARIS

Hasta la próxima.
Te mando un beso grande
La *Flaquita*

Sobre la autora

Edith Sáenz tiene 76 años y es de La Plata. Actualmente jubilada, participa de un taller de lectura y escritura "No sirve para florero". "Escribo como una necesidad de expresión, para dejar plasmado mi pensamiento sobre mi propia historia y los hechos que me rodean. Escribir es una manera de que la historia no se olvide".

Obediencia divina

Héctor Ismael Sánchez

Despertó sobresaltado, era medianoche, sentía que un oscuro riesgo lo acechaba. Permaneció sentado en la cama, atento a los ruidos del exterior. Vehículos de opacos motores usurpaban la noche. Tomó la botella de whisky, presta debajo de la cama, era un obsequio de los alcahuetes de turno. Bebió de ella y se levantó para alistarse. Estos minutos que dejó transcurrir fueron para ganar tiempo, deseando que no se haya repetido lo acontecido en días anteriores. Pero volvió a suceder. Miró con aprehensión la pared sobre la cabecera de la cama y el cuadro de Jesús colgaba de lado. Intentó una fácil deducción, pensando que el movimiento externo influía sobre el campamento, y por ello, la imagen solía desprenderse de la pared. Un escalofrío le agredía la columna vertebral cuando esto sucedía. Bebió otro sorbo, escuchó un ligero llamado en la puerta. Mientras sorbía de la botella, recordó que tenía algunas cuestiones irresueltas. Debía hablar con el doctor por las propiedades incautadas al enemigo y resolver el tema de unos recién nacidos. Dejó el whisky y abrió, el joven soldado se cuadró para saludarlo, contestó el saludo y antes de salir arregló el cuadro, para luego escurrirse dentro del Falcon verde. La agitación desplegada por uniformes y vehículos sacudía la noche. Le dieron un papel escrito a mano, era la lista, dos masculinos. Desde su asiento, luego de romper la lista,

echó una mirada repasando el apoyo. Otro Falcon, un Jeep, doce expertos combatientes. Dio la orden de marchar.

De regreso a las seis de la mañana, aún estaba oscuro. En el improvisado casino de oficiales, camuflados con uniformes sin rango, bebían relatando anécdotas referidas al despreciable enemigo que atrapaban noche a noche. El teniente bebió un último sorbo, dibujó en el aire un tosco saludo y se levantó con dificultad para llegar al dormitorio. Se tiró a reposar sin desvestirse. Sus horribles sueños se cubrieron de senderos plagados de cadáveres pidiendo clemencia, hombres, mujeres, niños, ardiendo en hogueras de libros. Todos estiran los brazos para aprehenderlo y arrastrarlo con ellos hacia el rojo abismo. La bella chica que conoció en el calabozo se le acerca desnuda, hay sangre en sus labios y en sus piernas, le sonríe, pero los ojos, esos ojos, ¡Es de fuego la calavera que habita en ellos!

Retrocede, no dejará que lo atrapen ¡Es una trampa!, lo sabe, ¡Maldita sea! ¡Es una trampa! ¡Hijos de puta! ¡No podrán! ¡No podrán!

Atraídos por los disparos, sus camaradas derribaron la puerta para ingresar. Lo hallaron sin vida, apoyado de espaldas a la pared que enfrentaba la cama. Una mueca de terror le desfiguraba la cara, como si el demonio lo hubiera acorralado. La imagen de Jesús caída sobre la almohada, a pesar de los agujeros de bala, no perdió su majestuosa mirada.

Sobre el autor

Héctor Ismael Sánchez tiene 70 años y es de Zárate. Es jubilado. Fue miembro de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. En la actualidad hace literatura, folklore y deportes y participa en los Juegos Bonaerenses.

La mirada

Alejandro Seta

Yo estudiaba Medicina. Estaba llegando a mi casa de Constitución donde siempre había vivido junto a mis buenos padres. Bajé del colectivo, en la esquina de Entre Ríos y Pavón: algo así como cincuenta personas bajaron conmigo, y pensando en mundos inexistentes, como siempre, descendí sin mirar. Al levantar la vista vi, con horror, que en la mismísima esquina había un retén militar. Todos los del colectivo debían pasar por ahí; pensé en dar la vuelta, pero eso hubiera sido delatarme. Entonces supe que era el último día de mi vida: en la mochila llevaba volantes contra el gobierno fabricados con una imprenta muy rústica, de fabricación casera, que consistía en dibujar en un stencil, mediante agujeros hechos con una aguja. El stencil estaba pegado a un marco hecho con maderitas y a través de un rodillo las letras quedaban impresas en el papel que poníamos debajo. No solamente llevaba la tinta negra, el stencil y el rodillo. Con que llevara uno solo de esos volantes hubiera sido razón suficiente para que me arrestaran. Y yo llevaba cien.

Seguí caminando.

Cada veinte colimbas de veinte años había un oficial que los dirigía y se cercioraba de que nadie atravesara el retén sin ser revisado. Entonces lo decidí: iba a caminar hacia el soldado que tenía enfrente y en voz baja le iba a pedir que me dejara pasar.

Di uno, dos, tres pasos, ya estaba al lado de él. Pero no pude hablar, no podía sacar un solo sonido de mi garganta. Solo lo miré. Lo miré fijamente (era más alto que yo, nunca podré olvidarme de su cara). Y él también me miró.

Yo sabía que miles de jóvenes eran llevados para siempre en medio de una violencia que crecía y crecía llenando las alcantarillas de sangre y los hogares de llantos, y las mentes de un miedo que no se puede comprender. Cuando le contaba a mamá que se llevaban a los chicos a campos de concentración no me creía. "No puede ser".

Mi mirada fue una súplica, es increíble todo lo que pueden decir los ojos. Fue un segundo. El soldado comprendió. Un sargento nervioso pasaba de un lado a otro verificando que todo se hiciera correctamente y ese muchacho de uniforme, al que nunca más volví a ver, me tocó el hombro y me dijo:

—Pasá.

—¿Todo bien por ahí, soldado?

—Sí, sí. Todo bien —respondió con voz firme.

Seguí caminando. "Que no me llamen, que no me llamen". Uno, dos, tres pasos, cien, doscientos, doblé hacia mi casa. Abrí la puerta y allí estaba mamá.

Un chico de mi edad me había salvado la vida, un colimba que supo entender lo que solo los ojos pueden hablar.

Sobre el autor

Alejandro Seta tiene 69 años y vive en Alejandro Korn, San Vicente. Es docente y titiritero. Participa del Taller de Formación Literaria coordinado por el mexicano Rafael Vázquez que une a escritores latinoamericanos de habla hispana.

"Celebro que, 50 registros publicados, ayuden a sanar algunas heridas. Y aún: a que la literatura que yace oculta se manifieste".

Les nacían margaritas del fémur

Elías Turre

—Vos callate —dijo el Licenciado Antúnez.

El pibe siguió hablando. Entonces el Licenciado lo echó y los demás hicimos una sentada en el aula. Antúnez llamó a la motorizada y nos fuimos por las ventanas, por las calles aledañas al Comando Radioeléctrico, por la plaza. Habíamos sabido lo de Cambiaso y Pereyra Rossi, ya habían muerto tantos. La picana, la sangre; incluso, aquella que había quedado en los sures, los nuestros, y los cuerpos se iban resucitando en las flores de los cementerios.

Los amigotes de Domínguez habían venido con la pala a colaborar en el soterramiento de los huesos.

—*No aparecen mássss* —dijeron, y aparecieron después de la tortura, esos cadáveres condenados a resucitar la historia y revelar la identidad de quienes los habían muerto. Bella fue la venganza cuando les nacían margaritas del fémur y cuando los matadores cruzaban las miradas con los infantes, que asistían maravillosamente inocentes a tales florecimientos.

Antes había ocurrido el Gran Silencio. Fue una catástrofe en la bolsa de los lenguajes. Una hecatombe para las acciones de las palabras: ya no había quién las pronunciara. No había signos, símbolos; no había caras, rostros; no había revoluciones, balas; no había instrumentos, música, pentagramas, ni siquiera había misas para los pobres. Habían muteado a los participantes

universales de los *meet*, y los encuentros sincrónicos quedaron paralizados en una ventanita, en el ángulo inferior derecho. Y así se fueron suicidando los que quebraron de silencio, en el pánico generalizado por los sonidos y los ruidos que morían.

Cuando volvieron a escucharse y a decirse las cosas, fue distinto a lo previo, el cielo no era celeste, el espacio exterior acababa de concebirse plano; no había lunas, ni satélites tenían los planetas; los mares flotaban, o permanecían colgados con clavos y tornillos de los marcos que los sostenían.

Al fin, después de millones de años, se engendraron los nuevos idiomas. Entonces comenzaron a nombrarse las cosas y las personas según los acontecimientos: la primera mujer se llamó "Pluma que vuela", porque un ave (aún sin nomenclar) dejó caer una plumita sobre su cabeza y así la llevó hasta el final de los vientos. La segunda persona fue un niño al que llamaron "Árbol caído" y los sucesivos nombres fueron "Pata de palo", "Nube lluviosa", "Sendero embarrado", "Agua de molino", "Almohada con ruda" y miles de otras alusiones a los objetos asociados a los seres nominados. Es decir, persistían ciertas memorias con las que inventaron nuevos diccionarios. El Gran Silencio —visto de ese modo— había sido una oportunidad para reiniciar los cronómetros, y ahora el tiempo también había comenzado a medirse con otros parámetros. La catástrofe, en fin, fue como las llamas que destruyen los bosques y luego nacen los verdes que alumbran las flores que florecen entre los restos y las cenizas.

—*Vos callate* —dijo el Licenciado Antúnez.

—*No aparecen mássss* —y aparecieron después de las balas y el cautiverio y fue bella la venganza cuando les nacían margaritas del fémur.

Sobre el autor

Elías Turre tiene 64 años y vive en Colón. Trabaja en el Centro universitario municipal.
"Entiendo a la memoria sobre el pasado doliente como ejercicio para afrontar los desafíos que imponen los dolores presentes. Es decir: ahora y siempre".

El libro

Claudia Analía Valerga

"¡Muda!", me decía mi mamá. Muda a los quince y lo que duró la adolescencia. El documento como salvoconducto y el desasosiego siempre a flor de piel. Por las dudas, había que diseñar un miedo que no se pareciese a miedo, por si se daban cuenta que sentíamos miedo. Mi papá escondió los libros —vaya a saber dónde—, no los quiso quemar. Mi tío tampoco soportó verlos arder en una hoguera, los envolvió lo mejor que pudo y los enterró en el fondo de su casa.

Así nos aventuramos a seguir viviendo, quienes tuvimos la suerte de seguir vivos. Mi viejo algo sabía, pero no me contaba. Solo me decía que anduviera sin demostraciones. Él no siempre estaba "mudo", por eso mi mamá lo tenía cortito.

Cuando en 1980 empecé a estudiar periodismo deportivo, viajaba desde Lomas de Zamora hasta Callao y Lavalle. En el retorno, alrededor de las nueve y media de la noche, tomaba el colectivo 37 hasta Lanús.

A veces, aquellos pasamanos de los bondis, se convertían en un retumbar insoportable. Subían con apuro y violencia. Tronaban sus botas y sus palos contra el metal plateado. Paraban los colectivos al azar y, en el medio de la noche, antes de cruzar hacia provincia por el puente Vélez Sársfield, hacían descender a los pasajeros; el alumbrado público apagado. La mayoría éramos

estudiantes; el resto, gente que volvía de trabajar. En apariencia, nada insurrecto.

Llevaba, esa noche, un libro que le había pedido prestado a un amigo y que me interesaba leer: *La Patagonia Trágica*, de José María Borrero. Ese amigo, que todavía hoy es mi amigo porque compartimos luchas, familia, charlas, marchas, sueños, me había dicho: "No. No puedo trasladarlo". ¡Pero, dale, ¿qué te va a pasar?! "¿Entendés que a vos y a mí, nos puede pasar algo?". Le insistí hasta cansarlo y me lo trajo. "Tomá, cuidate".

Iba sentada en un asiento de uno (así eran los colectivos, una hilera de dos asientos, el pasillo, y otra hilera de uno), cuando el 37 se detuvo frente al paredón negro, temible. Subieron a los gritos, ensordeciendo el espacio. En un ademán instintivo, saqué el libro del bolso tejido al crochet por mi abuela antifranquista y lo deslicé debajo del asiento. Descendí aterrada, mientras nos arreaban hacia el muro, empujándonos las espaldas con los FAL, bajo la orden de dar vuelta las carteras, las mochilas, los bolsillos.

Me corrían hormigas por las venas, una mezcla de ira y espanto. La cabeza metida entre los hombros. Me volvieron a tocar con el fusil y sentí que me disparaban. Hacía frío, tenía diecinueve años y las piernas se me ablandaron. Se oyó una orden y junté las cosas del piso, con la mente puesta en el libro, quería recuperarlo. No vi si todos los que bajamos subieron. Era imposible pensar, mirar, respirar. Tuve suerte, pensé, porque logré sentarme en el mismo asiento y, cuando el colectivo arrancó, estiré la mano y estaba ahí.

"Tuviste suerte", me dijo mi amigo.

Sobre la autora

Claudia Analía Valerga tiene 65 años y nació en Lomas de Zamora. Periodista deportiva, profesión que todavía ejerce, y ex docente. Le gusta escribir, leer, e ir a la cancha.

Compañero

Silvia Valerga

Al *Tero* lo conocí a principios de 1975, en un curso de formación política organizado por la Juventud Universitaria Peronista, en Córdoba. Él estudiaba Medicina y yo Ciencias de la Información. Eran tiempos jodidos y nosotros éramos jóvenes idealistas, audaces, pero muy irresponsables.

Recuerdo que cuando nos presentamos me contó que había nacido en Chascomús y yo le pregunté a dónde quedaba, porque no tenía la menor idea. Y pensar que la ciudad se hizo conocida en todo el país, siete u ocho años después con el retorno de la democracia y con el presidente Alfonsín.

También me contó que había nacido el año que derrocaron a Perón, y para el secundario lo mandaron al Liceo Naval de La Plata. Venía de una familia acomodada y querían tener un hijo oficial de la Marina. Los viejos no se imaginaron lo que sucedería después.

En otro de los encuentros me interesó preguntarle al *Tero* cómo había sido su experiencia en el Liceo. Él me reconoció que a los milicos no les gustó su pensamiento crítico y sus opiniones políticas. Con otros dos compartían la idea de que era necesario el regreso de Perón para terminar con las dictaduras militares. Por eso los expulsaron.

Yo no recuerdo bien cómo fue que llegó a Córdoba en el peor momento, cuando nos conocimos en aquel encuentro de la JUP. Los centros de estudiantes estaban infiltrados por agentes

encubiertos y así escracharon a los mejores oradores que se perfilaban como dirigentes. Muchos pasaron a integrar la organización Montoneros, el *Tero* fue uno de ellos porque venía preparado del Liceo Naval.

Después de pocos meses no lo vi más porque mi militancia era solo en la Facultad y no tuve contacto con la lucha armada. Pero en septiembre del mismo año se llevaron a compañeros que tiempo después aparecieron muertos en supuestos enfrentamientos. Así nos enteramos que al *Tero* y a otros los tuvieron detenidos en la cárcel de Encausados de Córdoba durante ocho meses hasta que se produjo el golpe militar. El 17 de mayo del 76, la Policía emitió un comunicado informando de un enfrentamiento con subversivos donde todos habían muerto.

Por esas vueltas de la vida, para el 24 de marzo de 2026, yo me encuentro viviendo en la ciudad de Chascomús y participando de los actos conmemorativos por el 50 aniversario de aquel golpe sangriento. En el Consejo Deliberante están los retratos y la historia de los cinco chascomunenses desaparecidos y muertos por aquella dictadura. Quedé paralizada. Así lo encontré al *Tero*, tan joven y con una mirada que transmitía nobleza. Me contaron que su cuerpo fue enterrado en el Cementerio de los Ingleses.

En otro acto donde descubren una placa escucho que invitan a pasar a una señora, es la hermana del *Tero*. Después me le arrimo.

—Yo lo conocí a Eduardo, al *Tero*. Compartimos un encuentro de la JUP.

Ella no tuvo palabras, me tomó fuerte la mano y en ese apretón se nos llenaron los ojos de lágrimas.

Sobre la autora

Silvia Valerga tiene 74 años y vive en Chascomús. Nació y estudió en Córdoba y es periodista. Trabajó durante más de 30

años en distintos medios gráficos de la ciudad de Buenos Aires. Actualmente colabora con la FM Volver, escribiendo y comentando noticias. Además, participa en el taller de narrativa del escritor Juan Patricio Wallace, que se dicta en el Museo Casa de Casco.

El día que los adultos bajaron la voz

Patricio Carlos Villarejo

En esa casa el silencio era sospechoso. Siempre había algo sonando: la radio Noblex 7 en la mesada de la cocina, el cuchillo golpeando la tabla, las voces de los adultos que se superponían sobre la voz del locutor y sobre los silencios del mate y sobre los tangos que mi padre ponía fuerte los sábados. Mi madre cantaba mientras pelaba papas. Mi tío llegaba y ya desde la escalera gritaba el nombre de mi padre, y mi padre le respondía desde adentro antes de que terminara de subir. Yo aprendí que los ruidos de esa casa eran el pulso de la vida.

Aprendí sin saber que lo aprendía: "mientras haya ruido, todo está bien".

Era una tarde de marzo. Había guiso en la olla, lo sé porque el olor todavía lo recuerdo. La Noblex transmitía algo, la voz de un locutor que yo no entendía pero que sonaba distinta, como cuando el maestro cambiaba de tono antes de los retos. Mi padre se levantó. No dijo nada. Giró la perilla hasta que la voz quedó en nada. Entonces mi madre cerró la ventana. Hacía calor. Yo vi que ella sabía que él iba a pararse antes de que él se parara, y que él sabía que ella iba a cerrar la ventana, y que los dos sabían algo que yo no sabía, y que ese algo había entrado a la cocina con el boletín de la radio y se había quedado.

Primero dejé de escuchar ciertas palabras. De a poco, como cuando un mueble desaparece y uno tarda semanas en darse cuenta del vacío. "Sindicato" fue una de las primeras. El *Cacho*, que vivía en el tercer piso y que todos los domingos subía con facturas de La Ideal y se quedaba horas discutiendo con mi padre, un día no subió más. pregunté por él una vez. Mi madre me miró. Mi padre también. Fue mi madre la que habló: —Vos comé y no digas nada afuera. No supe qué significaba "afuera".

Las persianas empezaron a bajarse. Las reuniones en la mesa de la cocina se volvieron conversaciones en voz baja que se interrumpían cuando yo entraba, y que se reanudaban cuando yo me iba. Mi padre seguía poniendo la radio, pero ahora la escuchaba con la oreja casi pegada al parlante. Una tarde encontré a mi madre en el pasillo, quieta, mirando la puerta de calle. Le pregunté qué esperaba. Me dijo que nada. Tenía las manos juntas sobre el delantal.

Hace unos años encontré una Noblex 7 en San Telmo. La compré. Tiene una pequeña rajadura en el plástico del costado. La enchufé en casa. la dejé sonar fuerte. Entonces entendí que la radio de mi infancia nunca se rompió.

Miré a mi padre bajar el volumen hasta que la voz del locutor fue imperceptible. En ese gesto mínimo, en ese giro de la perilla, vi cómo el mundo se hacía pequeño y oscuro. El miedo no entró a casa con un grito. Entró pidiendo permiso para quedarse a vivir en nuestros susurros.

Sobre el autor

Patricio Carlos Villarejo tiene 64 años y vive en Rafael Calzada, Almirante Brown.

Prólogo 6

Introducción 8

Primer premio
Andate vos, 10
de Stella Maris Jaén. 9 de Julio

Segundo premio
La ollita de la resistencia. Relato de insilio, 15
de Juana Elsa Miranda. Quilmes.

Tercer premio
Una nube gris, 20
de Jorge Ernesto Gil. Los Hornos, La Plata.

Menciones especiales

Solo el pueblo salva al pueblo,
de Marisa Blanco. Crucecita, Avellaneda. 25

La Casita, 28
de Claudia Favero. La Plata.

Nudos de Silencio, 31
de Susana Nelly Lang. Tandil.

El Sarmiento y yo, 34
de María Celeste López. Alberti

Tejiendo trenzas, 36
de Diego Maroz. Gonnet, La Plata

Portones, jardines y memoria, 38
de Carlos Migliore Bataller. Villa Maipú, Gral San Martín

La casa que aprendió el silencio, 40
de Silvia Moscatel. Navarro.

El mar no se tragó el tormento, 43
de Egles Brenda Rizzi. Chacabuco.

La Escuelita: pedagogía del horror, 45
de Norma Lilian Santiago. Bahía Blanca.

Palabras vivas, 47
de Patricia Graciela Toni. Lanús.

Menciones

El silencio de la noche, 50
de Héctor Osvaldo Almirón. San Nicolás.

Caballo pinto, 53
de Néstor José Andrade. Tandil.

Festejo impropio, 55
de José Osvaldo Antequera. Mar del Plata,
General Pueyrredón.

Historia de desencuentros, 58
de Susana Bogey. Junín.

Tanques en mis calles, 61
de Cecilia Francisca Carpi. Carlos Casares.

Cómo has hecho sufrir a tu madre, 64
de Estela Cristina Cerone. Azul.

Encuéntrenme, 67
de Gustavo Carlos Cucurulo. Lobos.

Trece retenes, 70
de Juan De la Penna. Tres Arroyos.

Media de lana, 73
de Daniel Deybe. Pinamar.

Ausencias, 76
de Mirta Noemí Esteves. Coronel Pringles.

La novela de la tarde, 79
de María Claudia Esquivel. Avellaneda

Mi niño perdido, 82
de María Estela Di Mauro. Castelar, Morón.

Tiritando, 84
de Luis Eugenio Favero. Berisso.

Dalton, 87
de Emilce Fernández. Lanús.

La caja, 90
de Silvia Galván. Vedia, Leandro N. Alem.

Los nadies, 93
de Luis Dardo González. Punta Lara, Ensenada.

Memoria de roble, 96
de Mónica Cristina González. Bolívar.

Hinojo, mayo 1976, 99
de Graciela Ester Gubinelli. Olavarría.

Siete de abril de 1977, 102
de Sonia Hegen. Carhué, Adolfo Alsina.

La silenciosa resistencia, 104
de Griselda Isabel Killian. Carmen de Areco.

Una paloma, dos veces, 107
de Félix Loiácono. Piñeiro, Avellaneda.

1976, 109
de Oscar Marful. Ciudad Jardín, El Palomar,
Tres de Febrero.

Campeona de la payana, 112
de Magaly Mascardi. Colón.

La casita de Evita, 114
de Mirtha Ninfa Mercao. Ensenada.

Alejandra, 117
de Blanca Fátima Nachar. Las Toninas,
Partido de La Costa.

El diccionario de la sombra, 119
de María Élida Nazar. Tandil.

Ausencia, 121
de Laura Nores. Caseros, Tres de Febrero.

El quinto plato, 123
de Fernando Pablo Party. Necochea.

Sigo sin poder comprender, 126
de Rafael Restaino. Pergamino.

En un potrero siempre sale el sol, 129
de Rody Rodríguez. Hurlingham.

La carta que no será leída, 132
de Edith Sáenz. La Plata.

Obediencia divina, 135
de Héctor Ismael Sánchez. Zárate.

La Mirada, 137
de Alejandro Seta. Alejandro Korn, San Vicente.

Les nacían margaritas del fémur, 139
de Elías Turre. Colón.

El libro, 142
de Claudia Analía Valerga. Lomas de Zamora.

Compañero, 144
de Silvia Valerga. Chascomús.

El día que los adultos bajaron la voz, 147
de Patricio Carlos Villarejo. Rafael Calzada,
Almirante Brown.

Axel Kicillof

Gobernador de la Provincia

de Buenos Aires

Verónica Magario

Vicegobernadora de la Provincia

de Buenos Aires

Juan Martín Mena

Ministro de Justicia y Derechos Humanos

de la Provincia de Buenos Aires

Matías Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos

de la Provincia de Buenos Aires

DERECHOS HUMANOS | MINISTERIO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

DERECHOS HUMANOS

MINISTERIO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

MeVeJu

ISBN 978-631-91818-1-4